Universidad de Navarra

Facultad de Teología

Casimiro Jiménez Mejía

LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL PENSAMIENTO Y EN LA VIDA DE JOHN HENRY NEWMAN

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Pamplona

2007

Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 13 mensis decembris anni 2006

Dr. Ioseph MORALES

Dr. Ramirus PELLITERO

Coram tribunali, die 21 mensis junii anni 2006, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
Sr. D. Eduardus FLANDES

Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia

Vol. L, n. 3

PRESENTACIÓN

El hoy Venerable Newman fue un hombre de gran talla intelectual y «alma delicadamente contemplativa»[1]. Se interesó en sus obras por gran parte del saber teológico y humanista, utilizando varios géneros literarios: el discurso, el tratado, la novela, la poesía y la autobiografía, entre otros. Es difícil definir cuál es el campo en el que más destacó. Newman es quien originó la teoría del desarrollo del dogma; y el precursor de una filosofía de las religiones. Hay quien afirma que John Henry se encuentra entre las figuras principales que han escrito sobre la naturaleza de la Iglesia, y hay quien asegura que es el pensador que con más sutileza ha profundizado en la naturaleza humana.

Además de su importante obra escrita, explica el Papa en la carta arriba citada, Newman sobresalió en el modo con el que afrontó el dolor y las tribulaciones en su búsqueda personal de la verdad, «que en lugar de menoscabarle o aniquilarle, reforzaron paradójicamente su fe en el Dios que le había llamado, y le confirmaron en la convicción de que Dios no "hace nada en vano"».

Efectivamente, hay que resaltar el profundo sentimiento de finalidad con el que Newman entendió su vida entera; y es así, estudiando su vida en su conjunto, como puede ser comprendido el sentido misional que inunda su existencia. Desde el joven John Henry de 15 años, profundamente conmovido por una conversión interior, hasta el anciano Newman que a los 78 años recibe el cardenalato, entendido por él como una muestra palpable del cariño que le ofrece Dios, encontramos a una persona con la honda convicción de tener una misión en la vida. Esta misión consistió –sobre todo a partir de 1828– en luchar sin descanso contra un liberalismo religioso y un ra-

1. Carta de JUAN PABLO II publicada en *L'Osservatore Romano*, English Edition, 7 de marzo de 2001.

cionalismo que se extendían con rapidez por Europa y pretendían destruir a la Iglesia.

Newman vio siempre en el liberalismo una corriente de alto poder destructivo, una marea que amenazaba inundar el ámbito religioso y que no se detendría hasta lograr que «sólo se vieran las partes más altas de las montañas, como islas, entre la inmensidad de las aguas». Neutralizar este proceso secularizador fue el objetivo principal que impulsó al Movimiento de Oxford –liderado por Newman– a partir de 1833 y, en general, ésta fue la batalla que mantuvo hasta el final de sus días.

El sentido que Newman tuvo de la presencia de Dios en su vida fue maravilloso. Supo descubrir detrás de cualquier suceso ordinario –un fallecimiento, una enfermedad propia o ajena, una incomprensión– la mano amorosa de Dios que cuida y habla a través de esos acontecimientos. Fueron numerosas las ocasiones a lo largo de su vida en las que, a partir de hechos triviales de la vida ordinaria, se preguntó sobre las repercusiones que tenían en su relación íntima con el Creador. Fue la visión de un hombre de fe que nunca dejó de interpretar el mundo y los sucesos históricos desde la luz y la perspectiva del mundo invisible.

El presente trabajo corresponde a la primera de las dos grandes partes en las que se estructuró la Tesis Doctoral. En su conjunto, supone un intento de sistematizar la idea que sostuvo Newman acerca de la Providencia divina, cuáles son sus leyes, las normas con las que, dentro de la libertad divina, Dios cuida de los hombres hasta llevarlos a su destino eterno. En la primera parte de esta Tesis (que coincide con el presente *excerptum*) se analiza la concepción que Newman tuvo de la acción de la Providencia en su propia vida, que como «amable luz» le mostraba el camino que debía recorrer. La segunda parte aborda el pensamiento dogmático sobre este misterio tal como aparece en su obra escrita[2].

2. El tema de la Divina Providencia en la teología de John Henry Newman ha sido tratado con anterioridad en tan sólo dos trabajos: R. STRANGE, *«A Strange Providence»: Newman's illness in Sicily*, «Louvain Studies» 15 (1990) 151-165; Ph. G. A. SMYTH, *Divine Providence in the Life and Theology of John Henry Newman.* Pontificia Studiorum Universitas a S. Thoma Aqu. in Urbe, Roma 2000. A pesar de la similitud en el título de nuestro trabajo con el último mencionado, señalamos el enfoque diverso que existe entre ambos. El estudio de Smyth se centra en la evolución que sufre la idea de Providencia en Newman de acuerdo con las diferentes etapas religiosas que vive. Es decir, se trata de una exposición histórica en el pensamiento de nuestro autor del concepto de este atributo.

Para los diversos aspectos biográficos de la vida de Newman se ha utilizado sus *Escritos Autobiográficos* y la inmensa cantidad de cartas personales escritas por él a lo largo de su vida, recogidas y ordenadas en 31 volúmenes y editadas en el Oratorio de Birmingham. Se han consultado además diversas biografías de Newman, principalmente la de Wilfrid Ward, publicada en 1912, y la del profesor Morales, escrita en 1990.

La abundante correspondencia escrita por Newman ha sido una base de especial interés en la primera parte del presente estudio, ya que las cartas personales, además de «suponer la materia prima indispensable de cualquier memoria biográfica», arrojan una potente luz sobre sus escritos y sobre los distintos acontecimientos que constituyeron su vida.

En los primeros cuatro capítulos se ha seguido el orden cronológico de la vida de Newman, deteniéndonos en aquellos momentos y sucesos en los que John Henry hace una referencia expresa, en muchos casos, a la acción de la Providencia en su vida; o bien, en otros, donde las alusiones están implícitas en observaciones o comentarios hechos sobre lo sucedido, y que han quedado registradas en su diario o, principalmente, en su correspondencia personal.

El primer capítulo abarca la infancia y juventud de Newman, se relata lo que él denominaría su «gran cambio interior» y los primeros reveses familiares, que pronto vio en relación con el camino dispuesto por Dios en donde se fraguaría su vocación. Acaba el capítulo con el viaje a Sicilia, a los 32 años; allí padece una grave enfermedad, que llegará a constituir un hito importante en su vida por entenderla como una patente dispensación de la Providencia divina.

El segundo capítulo comprende los años en torno a su conversión al Catolicismo en 1845, tanto antes como después de ella, es decir, la década entre 1840 y 1850. Además de la conversión, se comenta también la inauguración y asentamiento del Oratorio en Inglaterra.

El tercer capítulo se centra en el período de prueba «más largo de lo normal» sufrido por Newman –afirma W. Ward en su biografía–. Comprende catorce años (1851-1864) en los que parecía que «la mano de Dios se había retirado de la vida de Newman». Años difíciles en los que emprende diversos trabajos sin resultados aparentes, más aún, sin significado alguno. La Universidad Católica de Dublín, la traducción de una Biblia, la dirección de una revista de carácter religioso y cultural (*The Rambler*), etc., son todas empresas para la formación de los católicos, proyectos que Newman comprende como formas de desempeñar su misión «en su nueva casa», pero que no culminan en nada concreto o que acaban en aparente fracaso.

El cuarto capítulo abarca los últimos veintiún años de vida de John Henry. Época agitada del siglo XIX europeo, tanto en ámbitos socio-políticos como religiosos. En 1879 Newman fue nombrado Príncipe de la Iglesia. Alguien como él, con tan profundo sentido de la acción de la Providencia sobre su vida, entendió este suceso casi como un milagro visible que le removía del largo sentimiento de impotencia que se había fraguado en los años anteriores de aparente ineficacia.

La segunda parte –no recogida en este *excerptum*– estudia los aspectos dogmáticos elaborados por Newman en torno a la Providencia. No existe ningún tratado sobre este misterio en su abundante obra escrita, «pero es sorprendente ver que todos sus grandes trabajos intelectuales estén orientados según la idea de la Providencia»[3], de tal manera que «cualquiera que lea atentamente a Newman, no dudará que es la idea más profunda y sintética de su pensamiento religioso»[4].

Para llevar a cabo esta labor sintetizadora se han analizado las obras más importantes de Newman, se han cotejado con los estudios que otros autores han hecho sobre el tema y se han consignado los resultados en los cuatro capítulos que componen la segunda parte.

El capítulo quinto, «La Providencia como atributo de Dios», muestra las aportaciones que hizo Newman sobre esta propiedad divina. Aunque no pretendió realizar un estudio sistemático, ni sobre éste ni sobre otros atributos divinos, abundó en sus escritos en las relaciones de amor que se establecen entre Dios Creador y sus criaturas, como fruto, especialmente, de su propia experiencia religiosa.

El capítulo sexto, «Providencia e historia», aborda la relación que, según nuestro autor, se establece entre la Providencia divina y la historia de los hombres. Dios no es un ser lejano que crea a los hombres y los abandona a su suerte. Por el contrario, escribirá Newman en múltiples ocasiones, el Creador no solo se ocupa de su creación, sino que también dirige con designios inescrutables el curso histórico de los destinos humanos.

El séptimo capítulo, «Providencia y destino humano», trata de la manera en la que las actuaciones de la Providencia están en plena coherencia con el plan de salvación que Dios ha diseñado para cada persona en particular. Es decir, se muestra en este capítulo el núcleo central aportado por Newman en la presentación de esta doctrina. La

3. G. VELOCCI, *Newman, mistico*, Roma 1964, p. 104.
4. *Ibid.,* p. 106.

Providencia divina no es una verdad difusa, de contornos poco nítidos, sino que es una regla inmediata, directa y precisa, delineada por Dios para cada uno de los hombres.

En el último capítulo, «Providencia y libertad del hombre», se analiza la misteriosa relación entre el cuidado amoroso de Dios y el libre arbitrio humano. Newman, a lo largo de su vida y de toda su obra escrita, enfocó este misterio bajo dos aspectos principales, que son el plano íntimo y personal del misterio de la elección y predestinación del hombre, y el plano del curso histórico de la humanidad, movido de algún modo por la causalidad divina y la operación humana.

Concluyo estas páginas introductorias agradeciendo a todos los que de un modo u otro han contribuido a que este trabajo pueda ser una realidad.

En primer lugar, a la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, por la formación y dedicación que me ha concedido generosamente en los tres años transcurridos en sus aulas y bibliotecas.

De modo especial, quiero agradecer la cordial atención, el respeto y la inagotable paciencia que el Profesor Dr. D. José Morales Marín, director de este trabajo, me ha dispensado desde el primer momento en el que se inició el presente estudio. Ha aportado valiosísimas sugerencias e indicaciones tanto en el estilo literario, como en el rigor y cuidado del contenido y de la estructura teológica del trabajo, sin las cuales hubiera sido imposible culminar este proyecto.

Gracias, igualmente, a los demás miembros del Claustro de profesores de la Facultad de Teología, por su afabilidad y su extraordinaria profesionalidad, y a otros profesores de otras facultades, como D. José Luque Valdivia, por las sugerencias aportadas en la redacción del presente trabajo. También me gustaría agradecer a mi familia el interés mostrado por este trabajo desde su inicio, lo cual ha supuesto el aliento y estímulo necesarios en todo proceso de investigación.

ÍNDICE DE LA TESIS*

Siglas y Abreviaturas 7
Introducción 11

PRIMERA PARTE

Capítulo I
ORDINARIAS DISPENSACIONES DE LA DIVINA PROVIDENCIA EN LA VIDA DE NEWMAN HASTA EL AÑO 1833

1. Infancia y adolescencia 19
2. Reveses familiares 24
3. «Mi enfermedad en Sicilia» 33

Capítulo II
LOS AÑOS EN TORNO A SU CONVERSIÓN

1. Del verano de 1839 a octubre de 1845 41
2. Desde octubre de 1845 a 1850 47

Capítulo III
DIVERSAS TAREAS ENTRE PRUEBAS Y FRACASOS (1851-1864)

1. El proceso Achilli 59
2. Rector de la Universidad Católica de Irlanda y crisis en el Oratorio 68

* La paginación de este índice corresponde al original de la Tesis que obra en la Secretaría de la Facultad.

3. Un encargo del Cardenal Wiseman y una indicación del Obispo Ullathorne 73
4. Cinco años en la oscuridad (1859-1864) 78

Capítulo IV
LA ACCIÓN DE LA MANO DE DIOS DESDE 1869

1. El Concilio Vaticano I 91
2. Nombramiento como Cardenal 103
3. Últimos años 108

SEGUNDA PARTE

Capítulo V
LA PROVIDENCIA COMO ATRIBUTO DE DIOS

1. La Providencia actúa siempre por amor 119
2. Las acciones de la Providencia operan en el tiempo y están sujetas a un proceso 122
3. Las dispensaciones de la Providencia transcurren en silencio y con discreción 131
4. La Providencia actúa en y desde lo ordinario 136

Capítulo VI
PROVIDENCIA E HISTORIA

1. El mundo visible, instrumento de las dispensaciones divinas ... 144
2. Dios conduce la historia de los hombres 154
3. El Verbo encarnado y la Iglesia en el plan providente de Dios 160
4. «¿Por qué Dios permite el mal en su propio mundo?» 167

Capítulo VII
PROVIDENCIA Y DESTINO HUMANO

1. Providencia particular y Amor de Dios 178
2. La existencia de la Providencia particular: un «instinto interior» 185
3. La percepción de la Providencia particular y la presencia interior de Dios 191
4. Una Providencia particular y una misión singular 200

Capítulo VIII
PROVIDENCIA Y LIBERTAD DEL HOMBRE

1. El misterio de la elección y predestinación del hombre 207
2. Causalidad divina y operación humana en el curso de la historia 217

Conclusiones 225

Bibliografía 235
1. Obras y escritos de John Henry Newman 235
2. Obras y escritos sobre J. H. Newman 239
3. Otras obras de interés consultadas 252

BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS

1. Obras y escritos de John Henry Newman

An Essay in Aid of a Grammar of Assent, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1903.

An essay On the Development of Christian Doctrine, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1909.

Apologia pro Vita Sua: historia de mis ideas religiosas, ediciones Encuentro, Madrid 1996.

Autobiographical Writings, ed. H. Tristam 1957.

Callista. A Tale of the Third Century, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1901.

Carta al Duque de Norfolk (*A Letter Addressed to the Duke of Norfolk on Occasion of Mr. Gladstone's Recent Expostulation*), Traducción de V. García Ruiz y J. Morales, ed. Rialp, Madrid 1996.

Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1901.

Discursos sobre la Fe (*Discourses to Mixed Congregations*), Traducción de J. Morales, ed. Rialp, Madrid 1981.

Discussions and Arguments on Various Subjects. ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1907.

El Asentimiento Religioso (*Grammar of Assent*), Traducción de J. Vives, editorial Herder, Barcelona 1960.

Essays Critical and historical, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1907.

Faith and Prejudice and other Unpublished Sermons, Sheed & Ward, New York 1956.

Fifteen Sermons Preached before the University of Oxford, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1909.

Lectures On the Doctrine of Justification, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1908.

Letters and correspondence during his life in the English Church, edited by Anne Mozley, 2 Vols., Longmans, Greens and CO., London, New York and Bombay 1903.

Meditations and Devotions of the late Cardinal Newman, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1907.
Parochial and Plain Sermons, ed. Ignatius Press, San Francisco (USA) 1997.
Sayings of Cardinal Newman, editor anonymous, London. (Fuente: www.newmanreader.org).
Sermon Notes of John Henry Cardinal Newman. 1849-1878, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1913.
Sermons Bearing on Subjects of the Day, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1902.
Sermons Preached on Various Occasions, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1908.
The Letters and Diaries, edited by Ch. S. Dessain and T. Gornall, vols. XI-XXXI, Clarendon Press, Oxford, 1961-1979.
The Letters and Diaries, edited by I. Ker, T. Gornall, G. Tracey, vols. I-VIII, Clarendon Press, Oxford, 1979-1999.
The Philosophical Notebook, ed. E. J. Sillem, Louvain 1970.
The Via Media of the Anglican Church, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1908.
Two essays on Biblical and Ecclesiastical Miracles, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1907.
Verses on Various Occasions, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, and Calcutta 1903.

2. Obras y escritos sobre J. H. Newman

Alchin, A. M., *The Theological Vision of the Oxford Movement*, en *The Rediscovery of Newman: An Oxford Symposium,* J. Coulson and A. M. Allchin (ed), London 1967.
Altholz, J. L., *Newman and History*, «Victorian Studies» 7 (1964, march) 285-294.
Artz, J., *Newman and Kant. Verbindendes und Trennendes*, «Newman Studien» 8 (1970) 123-217.
— *Newman Lexikon*, Mainz 1975.
Barman, L., *The Spiritual Teaching of Newman's Early Sermons*, «Downside Review» 80 (1962) 226-242.
Barmann, L. F., *The Notion of Personal Sin in Newman's Thought*, «Downside Review» 82 (1964) 209-221.
Beer, J., *Newman and the Romantic Sensibility*, Cambridge 1964.
Berranger, O. de, *Dogme et existence dans l'oeuvre de Newman*: RSPhTh 58 (1974) 3-39.
Beumer, J. B., *Gratia supponit naturam*, «Gregorianum» 20 (1939) 381-543.
Biemer, G., *Newman on Tradition*, Freiburg 1967.

BOEKRAAD, A. J., *Newman, the Cardinal, the Saint? A Study in Holiness,* London 1980.
BOKENTOTTER, Th. S., *Cardinal Newman as an historian*, Louvain 1959.
BOUYER, L., *Great Preachers. XIII: J. H. Newman*, «Theology» 55 (1952) 87-91.
— *Newman, sa vie, sa spiritualité*, Paris 1952.
BOYCE, Ph., *The Birth and Pursuit of an Ideal of Holiness, Card. Newman. A Study in Holiness*, London 1980.
BREMOND, H., *Newman. Ensayo de Biografía Psicológica,* Buenos Aires 1947.
BRUNNER, A., *Idee und Entwicklung bei Hegel und Newman*, «Scholastik» 32 (1957) 1-26.
CALKINS, K. B., *Newman's Gospel of Gloom*, «Irish Theological Quarterly» 49 (1982) 184-194.
CAMACHO, W. A., *The Notion of the «World» in Newman*, Tesis Doctoral Univ. de Navarra, Pamplona 1990.
CAMERON, J. M., *Newman and the empiricist tradition*, en *The Rediscovery of Newman: An Oxford Symposium,* J. Coulson and A. M. Allchin (ed), London 1967.
— *The night battle: Newman and Empiricism*, «Victorian Studies» 4 (1960-61) 99-118.
CANNON, W., *The problem of Miracles in the 1830's*, «Victorian Studies» 4 (1960-61) 5-32.
CAPÁNAGA, V., *El sentimiento de la Providencia en San Agustín y el Cardenal Newman*, «Augustinus» 30 (1985) 225-255.
CASSAGNE, I. DE, *La concepción poética de John Henry Newman*, «Newmaniana» (Argentina) n. 9 (1999) 20-24.
CAVALLER, F. M., *Comentario y traducción de El Mundo Invisible*, «Newmaniana» (Argentina) n. 4 (1994) 10-12.
COMBES, A., *Newman mystique*, «Le Pensée Catholique», 96 (1965), 74-80.
COULSON, J., *Newman and the Common Tradition*, Oxford 1970.
CROSBY, J. F., *God as Mysterium Tremendum in Newman*, «Newman Studien» 10 (1978) 105-119.
CHAN, M., *Vocation in the Life and Writings of John Henry Cardinal Newman*, Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona 1991.
DESSAIN, S., *Cardinal Newman and Eternal Punishment*, Begegnung (Festschrift H. Fries), Köln 1972.
— *Newman's First Conversion*, «Newman Studien» 3 (1957), 37-61.
DOLAN, G., *The Gift of the Spirit according to J. H. Newman*, «Franciscan Studies» 30 (1970) 77-130.
DÖPFNER, J., *Das Verhältnis von Natur und Übernatur bei John H. Newman*, «Newman Studien» 4 (1960) 269-330.
ENDER, E., *Heilsökonomie und Rechtfertigung. Eine Untersuchung über die Heilsfrage bei John H. Newman*, Essen 1972.

FEY, W. *Philosophy and Theology in Newman*, «Laurentianum» 17 (1976) 60-81.
FONTAN, P., *Perspectives Newmaniennes. Trois Sermons de Newman*, «Revue Thomiste» 80 (1980) 427-438.
FRIEDEN, P., *Newman et Pascal*, «Newman Studien» 3 (1957) 170-202.
FROST, F., *Le personnalisme dans l'itinéraire théologique et spirituel de J. H. Newman,* «Mélanges de Science Religieuse» 32 (1975) 57-70.
FROUDE, J. A., *Short Studies, IV*, London 1880.
GORCE, D., *Les Pères et le Mouvement d'Oxford*, «La Pensée Catholique» 41 (1956) 46-55.
— *Newman existentialiste?*, «Newman Studien» 3 (1957) 203-224.
HAMMOND, D., *Imagination and Hermeneutical Theology: Newman's contribution to Theological Method*, «Downside Review» 106 (1988) 17-34.
HERMANS, F., *Les Familiers du jeune Newman,* «Nouvelle Revue Théologique» 73 (1951) 43-58.
HOLMES, J. D., *Newman, History and Theology*, «Irish Theological Review» 36 (1969) 34-45.
HOLMES, J., *Cardinal Newman and the Philosophy of History*, «Tijdschrift voor Filosofie» 32 (1970) 521-535.
HOLYER, R., *Religious Certainty and the Imagination: An interpretation of J.H. Newman*, «The Thomist» 50 (1986) 395-416.
HUTTON, R. H., *Cardinal Newman*, London 1891.
HYNES, W. J., *Newman and Harnack*, New York 1973.
IZQUIERDO, J. L., *Antología de Newman. Selección de sus principales obras en prosa,* Buenos Aires 1946.
JAKI, S. L., *Newman's Challenge*, Cambridge 2000.
JANET, R. J., *Providence, Prayer and Cholera: the English General Fast of 1832*, «History of the Protestant Episcopal Church» 51 (1982), 297-317.
JUAN PABLO II, *Letter on bicentenary of Newman's birth,* en «L'Osservatore Romano (English edition)» (7 March 2001).
— *Letter on centenary of Newman's death,* en «L'Osservatore Romano (English edition)» (16 July 1990).
KAROTEMPREL, S., *The Experience of God in Cardinal Newman,* Diss. Gregorian University, 1975.
KLOCKER, H. R., *Newman and causality*, «Heythrop Journal» 6 (1965) 160-170.
LEBRETON, J., *Le Primat de la Conscience, d'après Newman*, «Revue Pratique d'Apologétique» 3 (1906-07) 667-675.
MACDOUGALL, H. A., *The Acton-Newman Relations. The Dilemma of Christian Liberalism*, N. York 1962.
MARTI, R. M., *Newman: el Predicador de St. Mary*, «Newmaniana» (Argentina) n. 13 (2003) 48-72.

MERRIGAN, T., *Newman's Experience of God*, «Bijdragen» 48 (1987) 444-464.
— *Newman's Oriel Experience: Its significance for his life and thought*, «Bijdragen» 47 (1986) 192-211.
MEYNELL, W., *Cardinal Newman*, London 1907.
MILLER, J. H., *The theme of the disappearance of God in Victorian Poetry*, «Victorian Studies» 6 (1962-63) 207-227.
MORALES, J., *El Espíritu Santo en la Teología de Newman*, en *Teología-Experiencia-Educación. Estudios Newmanianos*, Pamplona 1989.
— *Experiencia Religiosa. La contribución de J. H. Newman*, «Scripta theologica» 27 (1995/1) 69-91.
— *El Milagro en la Teología Contemporánea*, «Scripta theologica» 2 (1970) 195-220.
— *El Misterio de la Creación,* Pamplona 1994.
— *Newman (1801-1890)*, Madrid 1990.
— *Newman's Ideal of Holiness in the World*, en *Newman's Teaching on Christian Holiness*, «Newman-Studien» 12 (1988) 148-159.
— *Religión-Hombre-Historia. Estudios Newmanianos,* EUNSA, Pamplona 1989.
MORÉ, M., *Á Propos de Newman*, «Dieu Vivant» 15 (1950) 65-81.
MURRAY, P., *Newman the Oratorian*, Dublín 1969.
NÉDONCELLE, M., *La Philosophie religieuse de John Henry Newman,* Strasbourg 1946.
— *La spiritualité de Newman d'après ses poésies*, «Revue des Sciences Religieuses» 30 (1956) 27-41.
— *Le dogme de la foi et de le raison dans les sermons universitaires de J. H. Newman,* «Études» 247 (1945) 66-83.
NEWSOME, D., *The Evangelical sources of Newman's power*, en *The Rediscovery of Newman: An Oxford Symposium,* J. Coulson and A. M. Allchin (ed.), London 1967.
NORRIS, Th. J., *Newman and his Theological Method,* Leiden 1977.
O'CONNELL, M. R., *Newman: The Victorian Intellectual as Pastor*, «Theological Studies» 46 (1985) 329-344.
PASQUIER, C., *Newman predicateur*, «Nouvelle Revue Theologique» 69 (1947) 839-851.
PLANCKE, C., *La notion de miracle chez Newman,* Diss. Louvain, 1972.
PRZYWARA, E., *A Newman Synthesis*, London 1930.
READ, D., *Sensus Fidei: A Study of Cardinal Newman's Theological Method as Applied to Moral Theology*, Tesis P. U. Gregoriana, Roma 1968.
ROWELL, G., *Hell and the Victorians*, London 1970.
SAINT-ARNAUD, J.-G., *Newman et l'incroyance,* Paris 1972.
SHARP, J., *The Influence of St. Alphonsus Liguori in 19 th cent, Britain*, «Downside Review» 101 (1983) 60-76.

SELBY, R. C., *The Principle of Reserve in the Writings of John Henry, Cardinal Newman*, Oxford 1975.
SEYNAEVE, J., *Cardinal Newman's Doctrine on Holy Scripture*, Louvain 1953.
SMYTH, Ph. G. A., *Divine Providence in the Life and Theology of John Henry Newman.* Pontificia Studiorum Universitas a S. Thoma in Urbe, Roma 2000.
SÖHNGEN, G., *Kardinal Newman, ein ne_gestalter augustinischer Religionsphilosophie (1937), Die Einheit in der Theologie,* München, 1952.
STRANGE, R., «*A Strange Providence*»*: Newman's illness in Sicily*, «Louvain Studies» 15 (1990) 151-165.
— *Newman and the Gospel of Christ,* Oxford 1981.
STUNT, T. C., *John Henry Newman and the Evangelicals*, «The Journal of Ecclesiastical History» 21 (1970) 65-74.
TAVARD, G., *Historia de los Dogmas, Los Ángeles,* Madrid 1973.
ULKE, K.-D., A*gnostisches Denken im Viktorianischen England,* Freiburg 1980.
VELOCCI, G., *Newman, mistico*, Roma 1964.
WALGRAVE, J. H., *Conscience de soi et conscience de Dieu,* «Revue thomiste» 71 (1971) 367-380.
— *Newman the Theologian*, London 1960.
WARD, W., *The Genius of Cardinal Newman, Last lectures*, London, New York, Bombay, 1918.
— *The life of John Henry, Cardinal Newman, based on his private journals and correspondence*, 2 Vols., London, New York 1927.
WEATHERBY, H. L., *St. Thomas and the Victorians: A Standard for Judgment*, Modern Age, Winter 1973.
WICKER, B., *Newman and Logic*, «Newman Studien» 5 (1962) 251-268.
WILLAM, F. M., *Die philosophischen Grundpositionen Newmans*, «Newman Studien» 3 (1957), 111-156.
— *Thomas v. Aquin und Kard. Newman*, «Theologie und Glaube» 64 (1974), 467-473.
ZENO, Dr., *John Henry Newman. His inner life*, San Francisco 1987.

3. OTRAS OBRAS DE INTERÉS CONSULTADAS

BARON, R., *Anglicanismo,* en «Gran Enciclopedia Rialp» II (1981) 258-264.
BRIGHT, M., *English Literary Romanticism and the Oxford Movement*, «Journal of the History of Ideas» 40 (1979) 385-404.
CWIERTNIAK, S., *La Espiritualidad Anglicana*, en *Historia de la Espiritualidad III. Espiritualidades cristianas no católicas*, Barcelona 1969.

González Montes, A., *Enchiridion Oecumenicum,* 2 vols., Universidad Pontificia Salamanca, Salamanca 1986-1993.
Izquierdo, C., *Teología Fundamental,* Pamplona 1998.
Journet, Ch., *El mal. Estudio teológico*, Madrid 1965.
Lewis, C. S., *Los Milagros*, Madrid 1991.
Mateo-Seco, L. F., *Dios Uno y Trino,* Eunsa, Pamplona 1994.
Neill, S., *Anglicanism*, ed. Penguin Books, London 1958.
Schmaus, M., *Teología Dogmática, I La Trinidad de Dios,* Madrid 1963.
Safranski, R., *El mal o el drama de la libertad,* Barcelona 2000.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

OBRAS DE J. H. NEWMAN

Apologia:	*Apologia pro Vita Sua: historia de mis ideas religiosas*, ediciones Encuentro, Madrid 1996.
AW:	*Autobiographical Writings,* ed. H. Tristam 1957.
Callista:	*Callista. A Tale of the Third Century*, ed. Longmans, Green and Co., London 1901.
Difficulties of Anglicans:	*Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, ed. Longmans, Green and Co., London 1901.
Discussions:	*Discussions and Arguments on Various Subjects*, ed. Longmans, Green and Co., London 1907.
Essay on Development:	*An essay on the Development of Christian Doctrine*, ed. Longmans, Green and Co., London 1909.
Essays on Miracles:	*Two essays on Biblical and Ecclesiastical Miracles*, ed. Longmans, Green and Co., London 1907.
Essays Critical:	*Essays Critical and historical*, ed. Longmans, Green and Co., London 1907.
Faith and Prejudice:	*Faith and Prejudice and other Unpublished Sermons*, Sheed & Ward, New York 1956.
Grammar of Assent:	*An Assay in Aid of a Grammar of Assent*, ed. Longmans, Green and Co., London 1903.
LD:	*The Letters and Diaries of John Henry Newman,* vol. XI-XXXI, 1961-1977; vol. I-VI, 1978-1999.
Lectures on Justification:	*Lectures on the Doctrine of Justification*, ed. Longmans, Green and Co., London 1908.

Meditations:	*Meditations and Devotions of the late Cardinal Newman*, ed. Longmans, Green and Co., London 1907.
Occasional Sermons:	*Sermons Preached on Various Occasions*, ed. Longmans, Green and Co., London 1908.
Oxford University Sermons:	*Fifteen Sermons Preached before the University of Oxford*, ed. Longmans, Green and Co., London 1909.
PPS:	*Parochial and Plain Sermons*, ed. Ignatius Press, San Francisco (USA) 1997.
Sayings of Cardinal Newman:	*Sayings of Cardinal Newman*, editor anonymous, London.
Sermon Notes:	*Sermon Notes of John Henry Cardinal Newman. 1849-1878*, ed. Longmans, Green and Co., London 1913.
Subjects of the Day:	*Sermons Bearing on Subjects of the Day*, ed. Longmans, Green and Co., London 1902.
Verses on Various Occasions:	*Verses on Various Occasions,* ed. Longmans, Green and Co., London 1903.
Via Media:	*The Via Media of the Anglican Church*, ed. Longmans, Green and Co., London 1908.
Ward:	Wilfrid WARD, *The life of John Henry, Cardinal Newman, based on his private journals and correspondence*, ed. Longmans, Green and Co., London, New York, Bombay, Calcuta 1912.

LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL PENSAMIENTO Y EN LA VIDA DE JOHN HENRY NEWMAN

Capítulo I
Ordinarias dispensaciones de la Divina Providencia en la vida de Newman hasta el año 1833

1. Infancia y adolescencia

(«*al recordar cosas de la niñez nos entra nostalgia, y es que Dios estaba allí; descubrimos ahora su presencia de entonces*»)[1].

John Henry Newman, primer hijo de John Newman y Jemima Fourdrinier, nace en la City de Londres el 21 de febrero de 1801. Pertenece a una familia económicamente acomodada, su padre trabajaba en la banca y su madre se dedicaba por completo a la familia que, en 1809, tras el nacimiento de Mary, quedará constituida por seis hijos (tres varones y tres mujeres).

Se puede decir, a modo de resumen, que estos primeros años de Newman constituyen una infancia tranquila y feliz, pasada en compañía de sus padres y hermanos, y en determinadas épocas del año, en los periodos vacacionales, con su abuela y su tía Elizabeth –madre y hermana de John Newman–, circunstancia importante a efectos de nuestro trabajo, ya que de ellas dirá el propio Newman en carta dirigida a su tía:

> «yo en particular tengo motivos para bendecir a Dios por darme tan valiosos y amables parientes. Si yo he sido llamado por Dios para servirle en su ministerio, y si yo estoy en alguna medida capacitado por Él para cumplir mi vocación, es a vosotras dos a las que debo especialmente señalar como los instrumentos de la Providencia de Dios desde mi juventud, por haber enfocado mis pensamientos hacia la religión»[2].

A los siete años Newman es enviado a la escuela de Ealing, centro educativo cercano a Londres. Allí permanecerá hasta 1816 realizando sus primeros estudios y aprendizajes, aficionándose a la lectura de libros de diversa índole, entre ellos la Biblia, y profundizando en el conocimiento del catecismo. No obstante, no es hasta su último año de estancia en la escuela cuando, como dice él mismo, se «forman sus convicciones religiosas».

En la *Apologia* Newman escribe:

> «Cuando yo tenía 15 años, un gran cambio de mente tuvo lugar en mí. Caí bajo las influencias de un Credo definido, y recibí dentro de mi intelecto impresiones de dogma que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni obscurecido. Resalto sobre todo las conversaciones y sermones de un hombre excelente, hace tiempo fallecido, el Reverendo Walter Mayers...»[3].

Esta etapa que dura aproximadamente seis meses (último semestre de 1816) es a la que Newman, a lo largo de su vida, se referirá como «mi gran cambio interior»[4]. La influencia de esa primera conversión en su vida fue grande, y la impronta que dejó en su alma la expone en su *Apologia*:

> «me influyó en aislarme de las cosas que me rodeaban, en confirmar mi desconfianza hacia la realidad de los fenómenos materiales, y en hacerme descansar en el pensamiento de dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi Creador. Porque al considerarme predestinado a la salvación, mi mente no se detenía en los demás. Simplemente no contaba con ellos, sin considerarlos por eso predestinados a la muerte eterna. Pensaba sólo en la misericordia de Dios hacia mí»[5].

Son palabras en las que Newman consigna el impacto que le supuso esa profunda convicción de saberse querido personalmente por Dios. Esta idea quedará fuertemente grabada en su alma y a ella recurrirá en distintos sucesos y escritos de su vida.

Así pues, «los medios humanos que dieron comienzo a la fe divina en mí» –como dice el propio Newman en la *Apologia*– y que han quedado registrados en cartas personales o en escritos autobiográficos son, en primer lugar, y cronológicamente, la formación religiosa que le dan su tía y su abuela.

Más tarde, el trato («conversaciones y sermones») con el Reverendo Walter Mayers, de Oxford, clérigo anglicano de 25 años perteneciente al grupo evangelista de la Iglesia de Inglaterra. De él recibirá el

joven Newman «profundas impresiones religiosas»[6], además de distintos libros que el reverendo va poniendo en sus manos. De hecho, a comienzos de 1817, Newman escribe una carta de agradecimiento a Walter Mayers por un libro espiritual que le ha regalado [7]. Cita que sacamos a colación por la importancia que el futuro Cardenal atribuye a estos sucesos, en apariencia triviales, pero que pronto verá como venidos y dispuestos por Dios en su Providencia ordinaria para guiarle en su camino y hacerle entender su misión. Así, aproximadamente a los 30 años de edad, Newman escribe con un claro carácter autobiográfico:

> «y de esta manera, en tantos sucesos, no llamativos, ni dolorosos, ni especialmente agradables, sino normales y corrientes, somos capaces de discernir más tarde que Él ha estado con nosotros (...), p. ej. la escuela a la que uno fue enviado cuando era niño, o aquella ocasión en la que coincidimos con aquellas personas que tanto nos han beneficiado, cosas aparentemente accidentales que después determinaron nuestra llamada. Es la mano de Dios que está siempre sobre su propiedad conduciéndonos hacia delante por un camino que desconocemos»[8].

Una tercera causa, no menos importante que las anteriores, que intervino en su conversión fue un acontecimiento relacionado con su salud. Aunque la naturaleza de la enfermedad padecida no es declarada por el autor, es registrado por el propio Newman en su diario el hecho de la dolencia como determinante en su vida:

> «con el fin de ilustrar los maravillosos sucesos de la Divina Providencia conmigo a lo largo de mi vida (...) otro pensamiento viene sobre mí, que he pasado tres grandes enfermedades en mi vida y la gran trascendencia que han venido a tener. La primera, aguda e intensa, terrible enfermedad cuando yo era un muchacho de 15 años, ella me hizo cristiano, con experiencias antes y después, horrible y conocida sólo por Dios...»[9].

Observamos que este primer y profundo cambio interior sufrido por Newman, que ejerció tanta influencia en su vida, que le hace verse elegido para la gloria eterna y que de hecho también le llevó a decidir llevar una vida célibe, por entenderlo como voluntad de Dios, tuvo lugar, como afirma el profesor Morales [10], no de forma repentina ni improvisada, ni como súbita iluminación interior, sino como fruto de un proceso laborioso, gestado en su conciencia en el verano de 1816 y que, de forma ordinaria, irá madurando en su interior hasta finales de ese año entre el ejemplo y las lecturas aconsejadas por un

profesor y la experiencia de una grave enfermedad que le hace ver la fragilidad de la vida terrena.

2. Reveses familiares

Fijamos ahora nuestra atención en la forma en que reacciona Newman ante algunas contrariedades, tanto familiares como personales, sufridas en su juventud, además de la relación que él encuentra entre esos sucesos con dispensaciones de la ordinaria Providencia de Dios en su vida. Estos reveses coinciden en el tiempo con sus primeros años de estancia en Oxford, a partir de 1817, lugar donde tanto por deseo propio como de sus padres, se ha dirigido para sus estudios universitarios.

En primer lugar nos referimos a la paulatina decadencia económica que va sufriendo la familia Newman desde los comienzos de 1816. El cierre del banco donde trabajaba John Newman en marzo de ese año, hace que además de tener que volver a buscar un trabajo, esta vez como gerente en una fábrica de cervezas en Alton (Hampshire), haya un descenso considerable en los ingresos familiares.

Tres años más tarde, en el otoño de 1819, se produce otro fracaso laboral, quedando la familia al borde de la ruina económica. Por tercera vez el padre reinicia una actividad laboral, fracasando de nuevo. Su nombre aparece en la prensa –según la costumbre de la época– con la declaración de fallido. Evidentemente, además de la humillación que acarrea este proceso al cabeza de familia se llega, a principios de 1822, al punto álgido de este dramático periodo, donde la familia Newman debe vender sus propiedades y poner a subasta muchas de sus pertenencias. En un breve espacio de tiempo cambian hasta tres veces de vivienda.

Esta situación la sigue muy de cerca John Henry desde Oxford. En una carta escrita a su madre a finales de octubre de 1821, refiriéndose a esta fuerte crisis económica, dice:

> «en cuanto a la propia prueba en sí misma, no hay nada en absoluto que temer "porque sabemos que todas las cosas cooperan para bien a aquellos que aman a Dios". Yo estoy firmemente y radicalmente persuadido de esto»[11].

Por este mismo motivo, pocos días más tarde –7 de noviembre– escribe una sobrecogedora carta a su tía Elizabeth con la que, tal vez

por haberle dado la primera instrucción en cuestiones religiosas, tiene una especial confianza. Recogemos la mayor parte de esta carta ya que pensamos que muestra con bastante precisión cómo entiende Newman estos golpes familiares y su relación con lo que Dios va pidiéndole:

> «Gracias a Dios que, por esta severa dispensación, nos ha visitado. Por gracia divina puedo decir que no sólo no siento temor, sino que me alegro y regocijo en ello; porque pienso que va a ser causa de un gran bien para todos nosotros. Seguramente que es una marca, impactante marca, de la protección y cuidados divinos, porque parece que Él está retirando de nosotros todas aquellas "cosas de la tierra" sobre las que nosotros podríamos ser tentados de "poner nuestros afectos" (...)».
>
> «Pero en mi presente estado de mente no hay nada que yo desapruebe más que la abundancia, o la fama, o la gran influencia. Cada reflexión sobre este tema me sugiere con más y más fuerza la conclusión del Apóstol "mientras tengamos alimentos y con qué cubrirnos nos daremos por contentos"; una conclusión mucho más gozosa que la mera sumisión o el frío conformarse de lo que se juzga inevitable (...) porque tengo la convicción de que Dios nos da aquello que es mejor que tengamos nosotros. Es decir, para aquellos que desean amar a Dios y ser perfectamente santos, cada acción de la Providencia, que el torpe mundo está acostumbrado a considerar como desafortunada, da lugar a la más ferviente gratitud; y son también ellos los que exultan en sufrir pruebas y en atravesar las llamas de la calamidad, porque esperan salir purificados y más limpios, con la escoria de la corrupción humana purgada.
>
> »Es esto, por la gracia de Dios, lo que siento con respecto a las circunstancias actuales; pueden ser penosas y dolorosas, pero exulto y gozo de alegría y late fuerte mi corazón con el pensamiento de que Dios está cortando todas las ataduras que podrían atarme al mundo en tanto que me prepara para el Reino...»[12].

No obstante, hay que subrayar que junto con las muestras de abandono en Dios que se pueden leer en la carta recién apuntada, John Henry, por ser el mayor de los hermanos, no desatiende la responsabilidad que recae sobre él.

De esta manera, aunque podría seguir sus estudios sin especiales angosturas económicas gracias a una beca conseguida en 1818, es consciente de que tiene que hacerse cargo de la familia, tarea que afronta con serenidad presentándose a una *fellowship* en el prestigioso Oriel College, lo que le reportará más ingresos económicos. En tres años Newman lleva sobre sí los gastos de la familia entera.

Este cambio de situación no afecta a sus proyectos de querer llevar una vida eclesiástica. Es en enero de 1822 cuando el futuro Cardenal decide seguir las órdenes sagradas anglicanas y, de hecho, es ordenado diácono el 13 de junio de 1824 y presbítero el 24 de mayo de 1825.

Otros tristes sucesos de esta época, que ocurren en el corto intervalo de cuatro años (1824-1828), están relacionados, por una parte, con la muerte de algunos familiares y, de otra, con la segunda gran enfermedad sufrida por Newman.

El 29 de septiembre de 1824, a la temprana edad de 57 años, fallece el padre de John Henry. Obviamente, este hecho le hace sufrir un profundo dolor, dejando constancia de él en su diario [13]. Pocos meses más tarde, y escasos días antes de su ordenación sacerdotal, su querida abuela que tanto había influido en su educación religiosa, fallece también.

En 1827, el 26 de noviembre, sufre la segunda de las tres grandes enfermedades decisivas en su vida. Ya hemos hablado anteriormente de la sufrida a los 15 años, y de sus consecuencias espirituales. Acudimos de nuevo a su diario en que, con idéntica concisión que en la primera enfermedad, escribe:

> «Mi segunda enfermedad, no dolorosa, pero sí tediosa y que me dejó completamente exhausto, fue aquella que padecí en 1827 cuando era uno de los examinadores públicos; ella me detuvo de un liberalismo incipiente y determinó mi camino en la religión...»[14].

Todo indica que esta extraña dolencia consistió en una crisis nerviosa, consecuencia de un esfuerzo mental continuo y acumulado de esa temporada. Las consecuencias fueron una fuerte debilidad física que también afectó a su ánimo. En cualquier caso, cuando Newman se refiere a esta enfermedad en su *Apologia*, habla de ella como de su segunda conversión, ya que hizo las veces de un serio aviso que le hizo reaccionar. Estas son sus palabras:

> «la verdad es que yo iba prefiriendo la excelencia intelectual a la moral. Me inclinaba en la dirección del liberalismo imperante. Fui despertado violentamente de mi sueño por dos grandes golpes: la enfermedad y la aflicción interior por la pérdida de un ser muy querido»[15].

Y es que, si el colapso nervioso sucedía a finales de 1827, el comienzo del año trajo lo que John Henry definió como «la más aguda de las contrariedades con la que la Providencia nos ha visitado» [16]. El

5 de enero moría repentinamente, a los 18 años, la hija pequeña de los Newman: Mary.

Por ser la hermana pequeña y por su carácter dulce y alegre, Newman sufre profundamente su pérdida. Son frecuentes en el futuro las referencias a ella en su diario y en sus cartas por diferentes detalles que le traen su recuerdo: un edificio, un árbol, una poesía... pueden ser motivos que abran de nuevo la herida causada por su ausencia.

Además del natural dolor, cabe preguntarse cómo reacciona Newman ante este mazazo de la Providencia. Reproducimos a continuación algunos fragmentos de dos cartas escritas tras la muerte de Mary que responden a esta pregunta.

La primera está fechada nueve días después del fallecimiento, el 14 de enero, en ella agradece a Robert Isaac Wilberforce (Fellow de Oriel) su carta de condolencia, y le cuenta con detalle cómo entiende él todo el triste acontecimiento:

> «para todos nosotros su repentina muerte es, por supuesto, una amarguísima aflicción –aunque suavizada, por gracia de Dios, por innumerables compasivos alivios– y cada uno de nosotros sentimos desde lo más profundo de nuestros corazones (y eso lo hemos sentido desde el preciso primer momento) una fuerte convicción de que esto es lo más bueno, lo más correcto, lo más deseable y bendecimos a Dios por ello (...)».

Más adelante –en la misma carta– después de relatar el carácter dulce de su hermana, su tierno temperamento y su capacidad para saber ver todo lo bueno del mundo, escribe las siguientes confidencias:

> «En cuanto a mí, puedo decir ciertamente que durante años he estado tan afectado de su sincera alegría y extrema inocencia de corazón, que me he llegado a impresionar con la convicción de que ella no viviría mucho tiempo, y casi he anticipado su muerte [17]. Si estas predicciones las debiera haber formado o no, no lo sé, pero ellas, con certeza, me han preparado providencialmente para este suceso tan repentino, que así se me ha hecho más tolerable, aunque mis sufrimientos –como el de los demás– ha sido muy agudo».

Poco antes de acabar esta extensa carta, el autor da un paso más y trata de explicar el sentido que da a la muerte de su hermana en el contexto de su propia vida, tanto presente como futura. Transcribimos sus palabras:

> «A quien Dios ama, le castiga... y siento que está seguramente educándome para ser útil aquí y para la gloria en la vida eterna. He tenido, y tengo, más pruebas que la mayoría de los hombres, y me glorío en ellas, casi alardeo de ellas como marcas del Señor Jesús; ¿debiera yo decir más?... porque pienso que quedan más pruebas y dificultades en la reserva, y justamente la muerte de esta querida muchacha me ha desvelado incidentalmente (según creo) los elementos de futuras tempestades que pueden afligirme todavía más amargamente. Hágase la voluntad de Dios, solamente Él puede darme la gracia»[18].

La segunda carta que antes hemos mencionado está dirigida a Edward Hawkins (Provost de Oriel en 1828). También a él le agradece su amable y sentida carta de condolencia para, más adelante, después de contarle algún detalle del fallecimiento de su hermana, decirle:

> «Sin embargo, gracias a Dios, desde el primer preciso momento, todos y cada uno de nosotros hemos estado preparados no sencillamente a conformarnos con su voluntad, sino incluso a agradecerle por esta su dispensación hacia nosotros»[19].

Para acabar con el comentario de este suceso, merecen la pena añadir unos versos compuestos por Newman en abril de ese mismo año. Se los envía por carta a Harriett (la mayor de las dos hermanas) diciéndole que los ha compuesto para «mitigar el dolor sentido» por la ausencia de Mary. Transcribimos una de las seis estrofas que la componen:

> «Death was full urgent with thee, sister dear,
> And startling in his speed;
> Brief pain, then languor till thy end came near:
> Such was the path decreed,
> The hurried road
> To lead thy soul from earth to thine own God's abode»[20].

Hemos anotado estos versos no sólo por la belleza que encierran, sino para señalar cómo Newman compagina el profundo sentimiento que sufre con una maravillosa aceptación de la voluntad de Dios: «such was the path decreed» (tal fue el camino decretado).

3. «Mi enfermedad en Sicilia»[21]

Narramos a continuación de forma breve el contexto y algunos de los hechos que acompañaron a esta enfermedad. Para obtener una

mayor extensión y precisión del relato se pueden consultar los *Escritos Autobiográficos* [22].

En diciembre de 1832 Newman emprende un viaje hacia el sur de Europa con su amigo Hurrell Froude, al que acompaña su padre. Estuvo en diversos lugares costeros del Mediterráneo. En Roma se separa de sus amigos y vuelve por segunda vez a Sicilia, lo hace solo a pesar de los encarecidos consejos que en su contra le dan sus compañeros. Esto sucedía el 19 de abril de 1833.

Ya en Sicilia, con la ayuda de un único sirviente –Gennaro–, comienza a recorrer la isla sobre los lomos de una mula. Después de algunos días cabalgando llega a Leonforte el 2 de mayo. Allí, tras una mala noche en la que apenas duerme algo, se le hace imposible continuar la marcha por la considerable fiebre y los fuertes dolores estomacales que padece. Se inicia pues la última de las tres grandes enfermedades determinantes en la vida de John Henry y a las que ya hemos aludido.

Esta primera fase de la enfermedad pasada en Leonforte, y sin ningún tipo de asistencia médica, duraría tres días, después, y creyendo encontrase mejor, continuó la marcha hacia Castro Giovanni. No obstante, a los pocos kilómetros, le invade nuevamente una sensación de sofoco en la garganta y en el pecho, acompañado de un gran malestar, que le hace recaer semiconsciente, esta vez en una cabaña al borde del camino. Gracias a un médico que por casualidad pasaba por allí puede ser trasladado al cercano Castro Giovanni, lugar donde durante tres semanas se debatirá entre la vida y la muerte en medio de fuertes dolores y una severa fiebre.

Hasta aquí los hechos sucintamente relatados y referidos a la salud. Para entender las consecuencias que en él tuvieron acudimos a sus propias palabras, escritas en un texto varias veces revisado por él mismo y por fin concluido el 28 de marzo de 1840 [23]. Comprobamos que siempre entendió este suceso de Sicilia como una patente providencia de Dios de la que extrajo diversas interpretaciones.

En primera instancia lo recibió como una lección-castigo procedente de Dios para curar su testarudez en general y, en particular, por el hecho de haber venido solo a la isla a pesar de los reiterados consejos de sus amigos.

Después, y de forma repetida a lo largo de todo el proceso de la enfermedad, afirmaba a su criado que no sufriera por su vida, que tenía plena confianza en su recuperación, y que no podía morir, ya que «pensaba que Dios tenía alguna tarea para mí», pensamiento que día tras día fue percibiendo más claramente en su interior. Incluso ya re-

cuperado a finales de ese mes, y sentado al borde de su cama, llora profusa y amargamente porque «no podía dejar de pensar en que Dios quería que yo hiciera algo en Inglaterra».

Durante el primer episodio febril en Leonforte, hubo una frase que de forma repetida oía en su interior «no voy a morir, no voy a morir,... yo no he pecado en contra de la luz, no he pecado en contra de la luz». Frase que, según él, «nunca he llegado a saber qué quería decir exactamente»[24].

En el mismo escrito autobiográfico dice:

> «sentí un muy consolador y poderosísimo pensamiento del amor de predilección de Dios, haciéndome sentir que yo era Suyo. Y sí, reconozco que aunque todos mis pensamientos estaban mediados por un a modo de delirio, (...) sin embargo yo sabía que ese sentimiento venía de Dios, de su Providencia»[25].

Pocos meses después relata por carta lo sucedido a un íntimo amigo con parecidas palabras:

> «Sin embargo, tuve muchos y serios pensamientos. En Leonforte pasé por una sensación de considerable soledad en aquella miserable taberna. No estoy seguro de que mi mente estuviera clara en todos los momentos como para darme cuenta de la desolación del sitio. No obstante, en cierto momento y sin ningún género de dudas, cuando me encontraba en esa soledad, sentí como una revelación que venía sobre mí del Amor de Dios a Su elegido; y lo sentí como si yo fuera el único. Y si menciono esto, por supuesto, no es para marcar el acento sobre mí, sino como un ejemplo de la misericordia Divina hacia mí, y me es difícil describir con palabras el sentimiento que tuve»[26].

En definitiva, de esta grave enfermedad Newman parece deducir dos importantes lecciones para su vida. En primer lugar lo que supone como inicio de una tercera etapa en su desarrollo religioso, como un periodo de prueba, de retiro forzado designado por Dios para él como preparación para el «Movimiento de Oxford», que pronto iniciaría.

En segundo lugar, esta grave crisis le sirvió, como dice en sus *Escritos Autobiográficos* «tanto para luchar en contra de su testarudez como para ayudarle a ver en la enfermedad un signo de elección especial y directa del favor de Dios»[27].

De hecho, fue al final de este episodio, ya de vuelta hacia Inglaterra, cuando compuso dos famosas poesías relacionadas con la Provi-

dencia divina y que muchos años después, cerca ya de su conversión, recordaría con el mismo sentimiento que las compusiera. De la primera, Louis Bouyer escribió que «ningún himno se ha recitado tanto, o se ha cantado con tanta frecuencia, en cualquier sitio donde se hable la lengua inglesa, tanto en iglesias protestantes como católicas»[28]. Dicen así:

«Lead, Kindly Light, amid the encircling gloom
Lead Thou me on!
The night is dark, and I am far from home–
Lead Thou me on!
Keep Thou my feet; I do not ask to see
The distant scene–one step enough for me
I was not ever thus, nor pray'd that Thou
Shouldst lead me on
I loved to choose and see my path, but now
Lead Thou me on!
I loved the garish day, and, spite of fears,
Pride ruled my will: remember not past years
So long Thy power hath blest me, sure it still
Will lead me on,
O'er moor and fen, o'er crag and torrent, till
The night is gone;
And with the morn those angel faces smile
Which I have loved long since, and lost awhile»[29].

Y la segunda, compuesta también en junio de 1833, durante su regreso a Inglaterra, dice:

«When I look back upon my former race,
Seasons I see at which the Inward Ray
More brightly burn'd, or guided some new way;
Truth, in its wealthier scene and nobler space
Given for my eye to range, and feet to trace.
And next I mark, 'twas trial did convey,
Or grief, or pain, or strange eventful day,
To my tormented soul such larger grace
So now, whene'er, in journeying on, I feel
The shadow of the Providential Hand,
Deep breathless stirrings shoot across my breast,
Searching to know what He will now reveal,
What sin uncloak, what stricter rule command,
And girding me to work His full behest»[30].

Capítulo II
Los años en torno a su conversión

1. Del verano de 1839 a octubre de 1845

Nos centramos ahora en el proceso de su conversión a la Iglesia Católica. Encontramos huellas de la acción de Dios en algunos de sus escritos, pero en ninguno de ellos destaca un hecho particular por el que Newman entienda con claridad el camino a seguir. Como veremos a continuación, más bien ocurre lo contrario. Son años de dudas y oscuridades en los que pide a Dios con insistencia la gracia de descubrir la verdad.

Para mostrar de forma sucinta el marco de sus creencias religiosas en estos años anteriores a 1845, baste transcribir sus propias palabras tal como escribe en la *Apologia*:

> «durante los cuatro primeros años –hasta el otoño de 1839– yo deseaba sinceramente servir a la Iglesia de Inglaterra a expensas de la Iglesia de Roma. Durante los cuatro años siguientes yo deseaba favorecer a la Iglesia de Inglaterra sin perjudicar a la Iglesia de Roma. Al comienzo del año noveno –otoño de 1843– comencé a perder la confianza en la Iglesia de Inglaterra y renuncié a mis cargos eclesiásticos (...). Al comienzo del décimo año me planteé claramente la posibilidad de abandonarla (...)»[31].

Observamos que hasta el mismo año de su conversión, el futuro Cardenal no tenía nada decidido a este respecto. No obstante, en 1839 sucede algo que actúa como detonante y que le hace modificar su postura religiosa de forma importante. El hecho, ocurrido en el verano de ese año, está relacionado con un estudio de la historia de los monofisitas. Durante su trabajo le asalta una fuerte impresión por la que entiende el anglicanismo como insostenible. Sucedió de una forma fugaz, como cuenta en la *Apologia*:

> «los cielos se habían abierto y vuelto a cerrar. Por un momento había tenido la idea de que "después de todo, la Iglesia de Roma es quien tiene razón", y después se desvaneció esa idea para seguir con mis antiguas convicciones»[32].

Esta «repentina revelación», le hace reavivar la idea que tuvo años atrás en sus habitaciones de Oriel College:

> «de que era llevado como a ciegas por la mano de Dios sin saber dónde me lleva»[33].

A partir de este hecho, Newman vuelve a hacerse consciente de que estaba de camino hacia una meta que no tenía definida ni estaba clara a sus ojos pero que, al mismo tiempo, estaba siendo guiado por una «amable luz» (*Kindly Light*).

Un dato más es consignado por el propio Newman en su *Apologia*, y es la coincidencia de fechas entre este acontecimiento y la redacción del sermón *Divine Calls*[34] («Divinas llamadas»). En él, retoma un tema que ha considerado con frecuencia, el modo en que se conoce la vocación de Dios para cada hombre. El sermón insiste en la idea de que la vocación es un proceso que se desarrolla durante toda la vida mediante sucesivas y continuas llamadas realizadas por Dios.

De esta forma –continúa el sermón–, el Señor nos va dirigiendo hacia nuestro camino, mediante llamadas y providencias normales en muchos casos, duras e inesperadas en otros. Más adelante dice:

> «Cualquier suceso puede emplear Dios para traernos un número de verdades que estaban ocultas y cerradas para nosotros (...). ¡Oh, quién pudiera tener esa sencilla manera de ver las cosas, para percibir que lo único que nos debe importar es agradar a Dios! Roguémosle y pidámosle día tras día que se revele a nuestras almas más plenamente»[35].

Afirma el profesor Morales que «la doctrina de Newman es intensamente autobiográfica, y el autor jamás se esconde detrás de sus ideas y palabras»[36]. Parece evidente que si Newman pone como ejemplo de su situación interior las consideraciones recogidas en este sermón, es para dar a entender que se encuentra personalmente en ese estado de búsqueda de su propio camino, asunto que le llevó a profundizar en su vida de oración y sacrificio, como recogen sus *Escritos Autobiográficos*.

Durante la Cuaresma de 1840, se retira a Littlemore. Allí prosigue su actividad de estudio y continúa con una sincera vida de piedad y penitencia. En febrero de 1841 publica el famoso Tracto XC con las conocidas consecuencias negativas que recaen sobre su persona: familiares, amigos, la opinión pública de todo el país, a través de cartas personales o de la prensa, vierten sobre él las más ácidas críticas y llegan a urdir las historias más peregrinas para explicar la forma de actuar del que algunos empiezan a llamar «el Judas Inglés»[37].

Es cierto que a pesar de que «en esta hora la Providencia parece concederle calma y claridad singulares»[38], no dejan de ser momentos especialmente difíciles que le provocan un acusado dolor y desgaste, haciéndole escribir en su *Apologia* frases del siguiente tenor:

> «no puedo entrar ni salir de mi casa sin que me sigan ojos impertinentes. ¿Por qué no me dejáis en paz? Los animales heridos se arrastran hasta un agujero para morir, y nadie les inquieta. ¡Dejadme!, ya no os molestaré más»[39].

«A partir de 1842 se hace difícil seguir con un mínimo de precisión el curso interior de Newman hacia la conversión formal que tendrá lugar en octubre de 1845. La sutileza de los procesos íntimos que se producen durante este lapso de tiempo escapa a una descripción lineal de orden cronológico»[40].

Se puede decir, no obstante, que hay unas pautas de comportamiento que John Henry decide seguir hasta que concluya el proceso espiritual: absoluta confianza en Dios; evitar decisiones precipitadas, e intentar oír con claridad el mandato interior. Algunas de sus cartas recogen estas ideas. A su amigo Manning escribe:

> «Confío en que Aquel que hasta hoy me ha mantenido en el lento curso de mi evolución, me librará de actos precipitados o resoluciones de dudosa conciencia»[41].

En septiembre de 1844 acontece un hecho singular: la muerte de su íntimo amigo John William Bowden. Es muy significativo lo que sobre ello escribe John Henry, acostumbrado a descubrir alguna dispensación de la Providencia en sucesos semejantes:

> «Había pensado que su muerte me daría alguna luz acerca de lo que debía hacer; pero no hubo luz. Escribí la siguiente nota: "He llorado amargamente sobre su féretro al pensar que sigo a oscuras sobre cuál es el camino de la verdad y qué es lo que tengo que hacer para agradar a Dios y cumplir Su voluntad"»[42].

En noviembre de ese mismo año, en carta a Maria Giberne, cuñada de Walter Mayers, le informa sobre el estado de su mente respecto a su conversión:

> «Tengo muy pocas razones para dudar del desenlace final; pero el cómo y el cuándo son sólo conocidos de Aquel de quien confío que vienen el principio y el final de las cosas»[43].

Newman reza y pide luces con palabras del salmista: «Muestra una señal sobre mí» (Sal 86, 17) sin que le sobrevenga nada especial. A comienzos de 1845 empieza a trabajar en el *Ensayo sobre el Desarrollo*

de la Doctrina, y es así como narra de manera sencilla en la *Apologia* el hecho de su conversión:

> «A medida que avanzaba, mis dudas se iban disipando de tal manera que dejé de hablar de "católicos romanos" para decir simplemente "los católicos". No había llegado al final, cuando decidí convertirme; el libro está hoy como quedó entonces, sin terminar»[44].

2. Desde octubre de 1845 a 1850

Este período podríamos dividirlo a su vez en dos etapas bien diferenciadas. La primera comprende desde su conversión hasta finales de 1847; la mayor parte de este tiempo lo pasa en Roma y los sucesos más sobresalientes son los relacionados con la búsqueda de su vocación dentro de la Iglesia Católica y su ordenación sacerdotal. La segunda –desde los comienzos de 1848– corresponde a la inauguración y asentamiento del Oratorio en Inglaterra.

Respecto a la primera etapa, tras su conversión, dice Newman en la *Apologia*:

> «Al convertirme no noté que se produjera en mí ningún cambio intelectual o moral. No es que empezara a sentir una fe más firme en las verdades fundamentales de la Revelación o un mayor dominio sobre mí mismo. Tampoco tenía más fervor. Pero sentía como si hubiera llegado a puerto después de una galerna; y mi felicidad por haber encontrado la paz ha permanecido sin la menor alteración hasta el momento presente»[45].

Ahora bien, sería un error pensar que Newman tuviera una idea clara y precisa de cómo servir a Dios como católico. Más bien al contrario, los primeros meses los vive estudiando y sopesando las diversas posibilidades en las que él podría servir mejor al Señor. También reza y pide consejo.

En una carta fechada el 13 de Enero de 1847, escrita desde Roma y dirigida a Mrs. Bowden, muestra Newman cómo se encuentra a este respecto tras varios meses de viajes y contactos con distintas órdenes y congregaciones:

> «Las semanas pasan tranquila y felízmente, pero mi línea de futuro o, si prefiere, mi vocación no está todavía clara para mí (...).
>
> »Necesito las oraciones de todos mis amigos. No puedo creer, como ya he dicho antes, que haya sido traído hasta aquí para nada –los cami-

nos de Dios son misteriosos–. Él utiliza un hombre para un propósito, otra persona para otra cosa. Rompe sus instrumentos cuando Él quiere... y si Él quiere utilizarme, Él encontrará un camino»[46].

Newman está de nuevo en una situación de búsqueda. Es consciente de que para seguir el camino que Dios marca a los hombres no hace falta desprenderse de las cualidades que el Creador nos ha entregado, sino más bien perfeccionarlas. Entre las muchas instituciones que ha conocido en esos meses como posibles itinerarios donde realizar su vida de entrega, a finales de enero de 1847 decide ingresar –junto al grupo de conversos que se mueven en torno a él– en el Oratorio de San Felipe Neri.

Es en este camino donde Newman entiende que puede compaginar una profunda vida de piedad con el desarrollo del intelecto y con una intensa actividad pastoral.

Su propósito, tras el periodo de formación que está desarrollando en Roma, es establecer el Oratorio en Inglaterra, si bien juzga que la implantación en su país tiene que llevar consigo unos cambios externos que lo hagan más acorde con la idiosincrasia inglesa. De esta manera, dedica bastante tiempo de los siguientes meses a preparar las modificaciones pertinentes en la Congregación, que más tarde aprobaría el Papa Pío IX.

A principios de octubre ya están preparados y aprobados los estatutos del Oratorio de Inglaterra, y Newman es nombrado el primer Superior.

Hay unas páginas del diario [47] de John Henry, escritas en abril de 1847, que merecen un comentario. Newman se encuentra en San Eusebio (casa de los jesuitas en Roma) haciendo unos días de retiro con el fin de prepararse para su inmediata ordenación sacerdotal, que tendrá lugar el 30 de mayo. Casi al comienzo de este relato, en un tono de censura ante su modo de proceder por lo que considera un debilitamiento de su visión sobrenatural, dice de sí mismo:

«Aunque tengo el hábito arraigado de referir todas los asuntos a la voluntad de Dios, y deseo hacer Su voluntad, y en la práctica observo este principio en grandes cosas, sin embargo no logro hacerlo en cosas de menor entidad. Incluso en aquellos grandes asuntos a los que me refiero, aunque rezo seriamente para hacer Su voluntad, mis acciones suelen proceder más de la conciencia del deber que me obliga a no actuar de otra forma, o de un sentido de lo correcto, o de percibir lo que me reportaría hacerlo por el hecho de ser coherente. No suelen proceder de la fe y de la caridad».

A continuación escribe unas crudas líneas que transmiten el desánimo que está padeciendo en aquellos días. Los últimos años en torno a su conversión le han resultado muy difíciles, el desgaste físico y mental que ha sufrido es patente, y en ese clima de examen y oración escribe:

> «El pasar de los años me ha privado de aquel vigor y vitalidad de mente que una vez tuve y que hoy ya no disfruto (...). Me encuentro quejumbroso, tímido, perezoso, suspicaz; me arrastro por el suelo, débil, abatido, deprimido. Más aún, no tengo esa fe operativa, viva, actual que debiera tener en contra de esos constantes trabajos y ardides del mal espíritu que existe en mi corazón».

Un poco más adelante, sin dejar el estilo de auto-reproche, exterioriza temas profundos de su vida interior para lamentarse de su deterioro al comparar su estado actual con la época de su juventud. Dice así:

> «Cuando joven, a medida que crecía, yo tenía confianza y esperanza en Dios; quiero decir, me entregaba sin ningún tipo de inquietud a su Providencia, tenía una grandísima fe en la eficacia de la oración, en todas las adversidades yo solía decir con mucha calma que Él me haría partícipe a mí y a los míos de su paz. Yo animaba a otros y me encontraba activo y alegre; creía –correctamente espero– que recibía del Misericordioso Dios muchas respuestas a mis oraciones, (...). Pero, poco a poco, mi confianza original tanto en el amor sin límites que Dios tiene por mí como en la eficacia de mis oraciones, se fue desvaneciendo. No he perdido mi sentido íntimo de la Divina Presencia en todos y cada uno de los lugares, ni la buena conciencia y la paz que de allí fluyen, pero lo que ya no pienso, o en cualquier caso mucho menos que antiguamente, es considerar al hábito de la oración no sólo un deber prescrito sino también un gran talento y privilegio por el que nosotros podemos hacer todas las cosas. Ese sutil y delicado vigor de la fe ha llegado a estar como entorpecido en mí, y así permanece hasta hoy».
>
> «Lo que es más serio, he caído durante unos años en un tipo de desesperanza y en un oscuro estado de mente. No es que yo no pueda decir interiormente y con todo mi corazón: "Mi Dios y mi Todo", ya que estas palabras han estado constantemente en mis labios, en tantas cosas que he tenido que me oprimían. (...). Siento que la alegría que yo solía tener casi se ha desvanecido, y siento de una forma muy aguda que ya no soy, en absoluto, joven, sino que mis mejores años se han pasado y estoy triste por los años que se han ido; no me siento apto para nada. (...)».

Pensamos que la lectura de estas líneas permite detectar la dura prueba interior que Newman está sufriendo. La sensación de soledad e inutilidad que padece es poderosa, y la percepción de abatimiento y desgana en la práctica de su vida cristiana le entristece.

Newman muestra desaliento por haber perdido la frescura que le reportaba la cercanía de la acción divina sobre él, en tanto que afirma al mismo tiempo no haber abandonado el sentido íntimo de la Divina Presencia en todos los lugares. Se lamenta porque echa de menos su pretérita confianza en la oración, al mismo tiempo que no puede dejar de llamar al Señor con todo su corazón «Su Dios y su Todo».

El cansancio acumulado en los últimos años desemboca en un colapso anímico o depresión que se manifiestan en su diario. Las últimas frases de este escrito arrojan notable luz:

> «Me encuentro siempre desganado en la contemplación de las cosas divinas, como un hombre que camina con sus pies conjuntamente atados, como cogido por un cepo, por grilletes, una especie de ley física que me impide tener fuerza al predicar y al hablar, sin ningún fervor a la hora de rezar o meditar.
>
> »Una cosa más aún. No puedo nunca mantener mi cabeza fija ni atenta en el tema propuesto para la meditación, ni en las palabras del oficio divino. Mi mente vaga incesantemente y me duele la cabeza si me esfuerzo en concentrarme en la misma materia»[48].

En la segunda etapa anunciada en este epígrafe –inauguración y asentamiento del Oratorio en Inglaterra–, bastantes de las cartas personales de Newman recogen la idea de cómo entiende él la Providencia divina sobre el Oratorio, al que concibe desde sus comienzos como querido por Dios, lo cual no impide que vayan a presentarse dificultades en su desarrollo. Hablando sobre el asentamiento en Birmingham, podemos leer en una carta:

> «Sospecho que no entraremos en nuestra casa de Birmingham para empezarlo hasta, por ejemplo, la fiesta de la Purificación. Necesitamos ciertamente muchas oraciones, porque nadie ha empezado una buena obra sin diez mil oposiciones y pruebas, como las vidas de los santos muestran abundantemente»[49].

En abril de 1849, a punto de empezar el Oratorio en Londres, Newman escribe al Obispo Ullathorne para agradecerle sus preocupaciones y hacerle ver lo sobrenatural de su empresa:

«Sabiendo el interés que su señoría toma en nosotros, estoy seguro que estará contento de saber que la concurrencia de circunstancias externas es tal que tenemos todas las razones para creer que estamos llamados a Londres por la Divina Providencia»[50].

En carta a Francis Knox, uno de los primeros nueve miembros admitidos en el Oratorio, dice:

«En cuanto a ti mismo, mi querido hermano Francis, es imposible (si uno puede hablar así) que la Providencia no tenga intención en que tú le hagas al Señor un gran servicio en su día; así que ponte confiadamente en sus manos, e implórale que te moldee lo más exactamente para ese trabajo que Él desea que hagas»[51].

En mayo de 1850, tan pronto como obtuvieron el lugar del Oratorio en Birmingham, se decidió construir una casa para la comunidad y recolectar fondos para la erección de una Iglesia. Newman escribe una carta circular en la que además de describir las actividades que llevan a cabo y pedir el dinero, aprovecha para recordar lo que concibe como una obra querida por la Providencia:

«Los Padres [52] no pueden dudar, y no dudan, que la misericordia de su Dios y Salvador, y la intercesión de su Madre, y la bendición de su querido y tierno Maestro y Padre San Felipe, harán que prospere a la postre lo que ellos están iniciando para la Gloria de Dios y la salvación de Sus elegidos, aunque el trabajo sea lento. Ellos recordarán a todos aquellos que tienen de corazón la causa de la Iglesia Católica, que si la Congregación de San Felipe está destinada en los Decretos de la Providencia a ser un instrumento para hacer el bien a la gente de Inglaterra, benditos serán los que tengan alguna participación en tan excelente obra»[53].

Refiriéndose a los propósitos que mueven a los Oratorianos, dice en una carta a Charles Waterton:

«Aquí en Birmingham nuestro propósito será influir en el estilo del pensamiento y opinión dominante en las distintas esferas de la alta y baja sociedad, con el fin de recomendar el Catolicismo, desenmascarar el Protestantismo y, especialmente, cuidar de los jóvenes. Llevamos aquí aproximadamente un año y medio y hemos sido suficientemente bendecidos para sentirnos optimistas que San Felipe nos hará útiles aquí, si alguna vez conseguimos establecernos»[54].

En diciembre de ese mismo año y en circunstancias diferentes, asevera a un amigo la certeza de que se encuentra en el sitio que debe:

> «Todo el mundo tiene su lugar; el mío es donde ahora me encuentro»[55].

En resumen, John Henry se sabe en su camino. Como él mismo dice «se siente enviado para convertir a la extraviada población de este país»[56]. Esta idea de la misión recibida por Dios la muestra en sus escritos personales por diversos motivos: la instalación material de una sede, la buena disposición de un amigo, el traslado del Oratorio a otra ciudad, etc.

Cerramos este capítulo con unas palabras de la *Apologia*:

> «Desde que me hice católico, por supuesto se acabó la historia de mis "opiniones religiosas"; ya no hay nada que narrar. No quiero decir con esto que mi mente haya estado inactiva o que haya dejado de pensar en asuntos teológicos, pero no ha habido cambios de los que dar cuenta ni, en absoluto, ansiedad alguna en mi corazón. Mi paz y mi alegría han sido perfectas, y no he vuelto a tener una sola duda»[57].

El vivo sentido de Newman acerca de la acción de Dios sobre su vida ha llegado a un momento decisivo con su conversión. No obstante, todavía tendrá que descubrir nuevos aspectos de su llamada.

Capítulo III
Diversas tareas entre pruebas y fracasos (1851-1864)

En este capítulo se abordan catorce años especialmente difíciles en la vida de Newman. Son muchas las tareas en las que, además de la consolidación del Oratorio, se verá involucrado en este período; el resultado siempre parece ser el mismo en todas ellas: el fracaso.

En 1863, glosando estos años, anotará en su diario:

> «Desde que Dios me llamó, Él me ha recompensado de diez mil maneras, ¡oh de cuántas...!, pero Él ha marcado mi camino con una mortificación casi intermitente (...). Dudo si puedo señalar algún suceso gozoso en este mundo aparte de mi escolarización en Trinity y mi *fellowship* en Oriel, pero desde que soy Católico, ¡me parece no haber tenido personalmente otra cosa que no hayan sido fracasos!»[58].

La propia relación de acontecimientos que hace Newman en su diario nos puede servir de índice en la exposición de los sucesos que en esta larga etapa de su existencia, ya en la plena madurez de su vida, le llevan a calificarlos con esa dura valoración. Dice así:

> «En 1851-2 el caso Achilli (...) luego en 1853, vino mi error en solicitar a Dalgairns desde la Casa de Londres; más tarde mi partida a Irlanda, a instancias del Dr. Cullen, en tanto que Dalgairns intrigaba en casa en mi ausencia. (...) Después los miles de cuchicheos en contra mía en el Oratorio de Londres (...) y la manera en la que me trató el Cardenal, tanto en ese momento como en el caso de la Traducción de la Escritura. Luego vino la retirada de el Rambler (...) y a consecuencia de ello los problemas con Roma, (...)»[59].

A continuación, consideramos las reacciones vitales con las que Newman afronta estas duras pruebas brevemente esbozadas, y la lectura que hace de «ese camino de mortificación casi intermitente» dispuesto por la voluntad de Dios en su vida.

1. El proceso Achilli

Iniciamos el relato de estos años con un destacado episodio en la vida de Newman y que narran todos sus biógrafos [60]: el caso Achilli.

En su conjunto, el grado de expectación social en el que se desarrolló este proceso judicial fue grande, y también lo fue en consecuencia el estado de ansiedad que suscitó en Newman, ya que al margen de aspectos personales de su imagen y reputación, mediaba lo que podemos denominar la causa católica en un ambiente claramente hostil.

Sin detenernos en referir el desarrollo del pleito, que en total ocupa los años entre 1851 y 1853, anotamos brevemente los hitos más señalados en éste.

En noviembre de 1851, el ex-dominico italiano Giacinto Achilli, que desde 1850 había estado escribiendo y dando conferencias en Inglaterra acerca de los «horrores y corrupciones» de la Iglesia en Roma, interpuso contra Newman una acción criminal por calumnia. La causa era que éste, en la quinta de sus conferencias conocidas como «Lectures on the present position of Catholics in England», pronunciada el 28 de julio, había denunciado la vida hipócrita e inmoral de Achilli, con el fin de demostrar lo poco fiable de sus ataques a Roma.

El juicio se fijó para febrero de 1852. El exfraile, que tenía el respaldo de la Alianza Evangélica, fue posponiendo las fechas de la vista con el fin de que los testigos en su contra abandonaran Inglaterra. Demoras que se fueron sucediendo a lo largo de todo el proceso. El montante económico que esto suponía para Newman (mantenimiento de testigos, entre otras cosas) no era nada desdeñable, sabiendo además que por esas mismas fechas estaban trasladando el Oratorio desde Alcester Street a su hogar permanente de Edgbaston.

Hay que constatar el grado de excitación y nerviosismo que en torno a la sentencia se fue creando. Se hacía más que probable que la pena que se imputaría a Newman, en caso de fallar en contra de él, fuera la prisión durante un año, así como la importante suma de dinero que el jurado estimase oportuna.

Por fin, el 21 de junio de 1852 empezó el juicio en Westminster Hall, ante Lord Campbell, encargado de llevar el caso y conocido por ser uno de los más eminentes portavoces de la agitación anticatólica. A pesar de la fuerte evidencia de numerosos testigos, un jurado con prejuicios encontró que ninguno de los cargos de inmoralidad, que Newman imputaba a Achilli, estaba probado. Periódicos importantes deploraron el veredicto y la correspondencia de Newman muestra que la injusticia hizo surgir un alto grado de simpatía hacia él, con lo que el fracaso legal se convirtió, en realidad, en una victoria moral.

La sentencia definitiva se retrasó hasta el 31 de enero de 1853: Un miembro del tribunal –John Coleridge– pronunció una humillante reprensión en contra de Newman y le condenó a pagar una multa de cien libras.

Hasta aquí, muy sucintamente, los hechos del caso Achilli. Pasamos ahora a valorar a través de las cartas personales de Newman sus reacciones durante estos meses.

En los comienzos del proceso –noviembre de 1851– escribe a W. G. Ward:

> «Mi querido Ward: los increíbles fallos que se han cometido muestran de una manera muy impactante que la mano de Dios está en todo este asunto. Con respecto a que se lastime mi influencia no me preocupa, pero va a ser una cruz muy severa»[61].

En ese mismo mes, el día 25, escribe a una amiga suya monja –la dominica Imelda Poole– contestando a la iniciativa que habían tenido en el convento de Stone: hacer un triduo de oraciones por las preocupaciones e inquietudes de Newman. En la carta dice:

> «La necesidad del triduo, si fallan en mi contra, es que todos tengamos la fuerza para sobrellevar la bendita voluntad de Dios. Mañana también nosotros empezaremos una Novena al Espíritu Santo por ese mismo motivo. Tu buena Madre puede, si lo desea y yo se lo agradeceré, *añadir* la intención de mi liberación de la trampa del cazador, pero que la principal intención sea, que nosotros –que yo– sepa tener fortaleza, paciencia, paz, para sobrellevar lo que se refiere a Su dulce voluntad»[62].

Newman intuye, dado el modo sorprendente en que se está desarrollando el caso, que hay algo que no depende de él, y que le va llevando hacia el «mal, si a ello se le puede llamar mal». Sus abogados le van vaticinando las pocas posibilidades de ganar, lo que le hace decir en esta misma carta:

> «(...) Todo ha ido tan maravillosamente hasta ahora, como si nuestro querido Señor estuviera tomándolo en sus propias manos, y destrozando completamente todos los medios humanos. Él ha permitido que yo esté enmarañado como en una red y, como ya le dije a la Hermana M. Agnes Philomena hace aproximadamente tres meses, con una convicción profunda, de que nada excepto la oración puede romper esos lazos»[63].

El 12 de enero de 1852 muestra en otra carta a la misma Hermana Imelda –quien por medio de la correspondencia se convierte en una interlocutora habitual a lo largo de todo el proceso– que no debe preocuparse por el fallo del jurado. Según van sucediendo los acontecimientos –le dice– la Iglesia quedará suficientemente justificada si él gana una victoria moral, que no legal, y esto es lo que Newman ve como más probable y mejor desenlace. Es decir, que Achilli quede desautorizado –aunque no derribado– por las muchas acusaciones que se han presentado, y Newman sea imputado como culpable, al no poder probar todas las amonestaciones.

Si bien es cierto que estas premoniciones le reportan alegría por el bien que se desprende para la Iglesia, no deja de sentir el sufrimiento que conllevan para él. Esta idea la encontramos en alguna de sus cartas:

> «Es posible, y más que posible, que sea Su bendita voluntad el que yo sufra»[64].

Y en otra carta cuatro meses más tarde:

> «Todavía sigo con la idea de que la Iglesia ganará y yo sufriré. No obstante, yo he rezado por un triunfo y un éxito absoluto»[65].

Una vez concluido el proceso, en el mismo día que se le dio el veredicto (25 de junio de 1852), aunque falta por recibir la sentencia final, escribe a la Hermana Imelda:

> «Ya ves cómo la Sabiduría del Todopoderoso ha determinado las cosas. Confío, sin embargo, en que saquemos un buen partido antes de que acabe el juicio, por ejemplo haber probado nuestro caso a los ojos del mundo, aunque supongo que cuando llegue Noviembre y yo sea convocado al juicio, sufriré, pero esto está en las manos de Dios.

No pienses que estoy abatido; tus oraciones y penitencias no se pueden perder»[66].

A toda esta excitación producida por el caso judicial, hay que añadir el agudo dolor que le provocaron a Newman la muerte de su hermana Harriett en Julio, y de su tía Elizabeth en Agosto[67].

En noviembre de ese año, Newman se encuentra agotado y enfermo, además de la preocupación que le suponen los muchos gastos que está sosteniendo. No obstante, no declina su estima en la actuación de la Providencia en el ya largo proceso que se lleva a cabo. El 14 de ese mes contesta una carta del Cardenal Wiseman y le agradece su preocupación por el caso judicial que tiene entre manos y los esfuerzos que está realizando. Poco antes de concluir la carta dice:

> «Yo no debiera temer nada, ojalá estuviera un poco más fuerte de salud, porque mis médicos hablan muy seriamente de los efectos de la posible prisión sobre mi salud; pero el curso de la Providencia ha sido tan maravilloso a lo largo de todo el asunto, y los hechos han sucedido, digamos, en sentido contrario, que los médicos pueden equivocarse en sus cálculos así como se han equivocado los abogados»[68].

El 28 de noviembre, en una larga carta a la Hermana Imelda donde le relata pormenorizadamente lo sucedido el día del juicio, confiesa lo extraño de todo el proceso en su conjunto, el cómo han ido cambiando las cosas, siendo del todo impredecible cómo acabarán. Desconcertado afirma:

> «Está generalmente aceptado que todo el asunto está ya en su final (...), Pero el curso de la Providencia a lo largo de todo ha sido tan oscuro, que nunca seremos capaces de adivinar cuál será su fin»[69].

En enero de 1853 llegó la condena, considerada por todos como un triunfo moral.

Un nuevo y profundo sufrimiento le sobrevino a Newman en Febrero de ese mismo año. La muerte del Oratoriano Padre Joseph Gordon, gran amigo y apoyo de John Henry, sobre el que durante el caso Achilli recayó la gran responsabilidad de conseguir testigos. El golpe fue muy duro para Newman. En algunas de sus cartas queda reflejada su aflicción.

La primera, escrita a Spencer Northcote el 14 de febrero, dice:

> «Ya te puedes imaginar el dolor en el que nos encontramos todos (...), pero hágase la voluntad de Dios. La Primavera de nuestro año se puede decir que se ha ido, pero San Felipe sabe bien lo que está sucediendo. Cuando yo estaba ocupado en construir esta casa, no dejaba de decir "ahora escuchadme, tendremos cruces que llevar por tan buen lugar como éste"; y hemos tenido una sucesión tan grande, que solo nosotros podemos entenderlas»[70].

Unos días más tarde escribe a Henry Wilberforce:

> «La muerte del Padre Gordon es el golpe más grande que la Congregación ha tenido; y el más grande que yo he sufrido desde hace tiempo. Viene *in cumulum* sobre otras muchas pruebas. ¡Qué año y medio he tenido!, ¿Cuándo acabarán los mazazos? (...), aunque yo confío en que la Gracia me compensará más que lo que se lleva la Naturaleza»[71].

Newman acepta la Voluntad de Dios y entiende los acontecimientos como cruces que el Señor le manda llevar. Durante los dos últimos años ha estado pidiendo oraciones para saber sufrir toda suerte de contrariedades y ha rezado con San Andrés «O bona crux, diu desiderata»[72].

2. Rector de la Universidad Católica de Irlanda y crisis en el Oratorio

El caso Achilli se solapa en el tiempo con otra empresa de envergadura en la vida de Newman. El 18 de julio de 1851 el entonces Obispo de Armagh (Irlanda), Dr. Cullen, ofrece a Newman ser el Rector de la futura Universidad Católica de Irlanda. Después de pensarlo detenidamente y pedir consejo, John Henry acepta el puesto más por motivos religiosos que académicos, y con el vivo sentido de una tarea enviada por Dios.

Al fin y al cabo –piensa Newman– es éste un proyecto que le ha venido sin buscarlo, respaldado con el deseo del Santo Padre y que se

ajusta a sus antecedentes y talentos. Todo parecía obedecer al designio de la mano de Dios que le conducía a una repetición, con nuevos contornos, de la gran batalla del Movimiento de Oxford. Bien pudiera ser la «Amable Luz» que le señalaba un camino en el que él podría ser de utilidad y para el que se sentía especialmente capaz[73].

El 14 de noviembre de 1851 es nombrado rector por un pequeño comité constituido en Irlanda y, poco después, el Papa hace de esa designación un acto propio. No obstante, por causas que Newman nunca llegó a tener del todo claras, el acto formal de la toma de posesión se demoró casi tres años. Este sería el inicio de un conjunto de dificultades y malentendidos a los que el nuevo rector tendría que enfrentarse.

La afirmación que al respecto hace el profesor Morales: «es evidente que Newman tenía adversarios de importancia dentro del episcopado irlandés y que su condición de inglés y de converso despertaba muy probablemente los recelos de algunos obispos»[74], puede servir en buena medida de resumen para entender la situación.

Una nueva contradicción se añade en estos accidentados inicios de la Universidad. El Cardenal Wiseman es consciente de las contrariedades que está sufriendo Newman en Irlanda. Entiende que gran parte de esos contratiempos provienen de que el rector es un mero sacerdote que tiene que tratar con obispos. Por ello el Cardenal, con la opinión favorable del Obispo Cullen, que desde 1852 ya ocupaba la sede de Dublín, propone al Papa Pío IX en enero de 1854 el nombramiento de Newman como obispo titular *in partibus*.

El Papa accede a la propuesta. Newman es informado por Wiseman el 31 de enero de 1854 y le dice que puede usar discretamente –hasta que se haga oficial– de esa noticia. Aunque, en realidad, también otras personas se han enterado por otros medios de la propuesta, llegando a ser pronto algo del dominio público. La actitud de Newman es de alegría y satisfacción, ya que aumentan sus posibilidades prácticas de trabajar con manos más libres en pro de la Universidad.

No obstante, hay un giro en los acontecimientos. El Obispo Cullen cambia de opinión llegando a oponerse con toda su fuerza e influencia al nombramiento, alegando que no era prudente en esos momentos. Cullen no sólo logra su propósito, sino que todas las personas involucradas hasta entonces en la designación de Newman como Obispo, guardan un absoluto silencio; no hay aclaraciones, ni comunicaciones a favor o en contra. Un completo vacío se crea alrededor de Newman, como si nada hubiera ocurrido en torno a su anunciado nombramiento.

En marzo de 1854 se emitió sencillamente el Breve Papal aprobando la Universidad y confirmando a Newman como Rector. Los amigos de John Henry pasan de la perplejidad y confusión primera al enojo. Newman, sin embargo, no hace preguntas ni pide explicación alguna, y más tarde reflexionando sobre este hecho manifiesta entenderlo como un acontecimiento positivo, argumentando que le hubiera resultado mucho más difícil haberse liberado de la Universidad y volver a su Oratorio, si él hubiera recibido el honor que se le proponía.

En noviembre de 1856, ya puesta en marcha la Universidad desde hace dos años, pero sin ser posible desarrollar las ideas que tiene sobre esta institución y siendo cada vez mayores las tensiones surgidas con diversas autoridades, Newman ofrece la dimisión de su cargo. En 1854 ya había contemplado esta posibilidad, más nacida como una medida de presión que por una verdadera intención de llevarla a cabo. No obstante, dada la insistencia por parte de los obispos irlandeses y especialmente de Cullen para que continuara, tampoco esta vez se producirá la renuncia. No será hasta noviembre de 1858 cuando Newman deje definitivamente su cargo, y con él, Dublín.

Wilfrid Ward, comentando este episodio en su biografía, afirma que estos años, desde 1853 a 1858, suponen un hito en la historia del futuro cardenal. La mayoría de los personajes de la categoría intelectual de Newman –afirma Ward– han superado sus más duras luchas para conseguir una posición social antes de cumplidos los cincuenta años. No hay que olvidar el prestigio del que gozaba John Henry en Oxford cuando todavía no había cumplido los treinta y siete años. Sin embargo, durante todo el proyecto de la promoción de la Universidad no ha dejado de moverse entre desaires, suspicacias y desatenciones, muchas de las cuales suscitadas desde el ambiente clerical irlandés.

Newman –especialmente desde su conversión– tiene el profundo sentido de ser un instrumento en las manos de la Providencia, y que la «amable luz» le mostrará el camino que Dios ha dispuesto para él. Tiene la expectativa –más bien la esperanza– de que ese camino sea algo equivalente al gran trabajo que desarrolló en Oxford, esta vez con toda la fuerza de la Iglesia Católica a sus espaldas [75].

Ser el Rector de una Universidad católica en una capital del Reino suponía un reto ilusionante para John Henry. Desde este puesto podría realizar una importante tarea desde el punto de vista religioso y académico a favor de los católicos ingleses. Todas estas circunstancias le hacían más costoso abandonar el proyecto comenzado, más si cabe por verse en el declinar de su vida y pensar que ésta podría suponer la última oportunidad de realizar algo parecido.

Pero el esquema que Newman diseñó sobre la Universidad no prosperó y a finales de 1858 volvió a Birmingham para continuar con su labor de Superior del Oratorio, al que nunca había dejado de atender con solicitud durante los años de Dublín.

Fue de hecho en ese período cuando ocurrieron dos sucesos en el Oratorio que también hicieron sufrir a Newman. Uno, «el episodio Dalgairns», Oratoriano procedente de Londres que ponía en tela de juicio la puridad de espíritu de los oratorianos de Birmingham.

El segundo acontecimiento, acaecido en 1856, es la separación definitiva y completa entre el Oratorio de Londres, cuyo superior era William Faber, y el Oratorio de Birmingham, dirigido por John Henry. Tras algunos años de desavenencias entre los dos superiores y especialmente enconada la crisis desde el verano de 1855, se concluye con esta solución.

Tanto la escisión de los dos Oratorios como el desenlace en la Universidad de Irlanda, afectaron la reputación de Newman en medios eclesiásticos del país, y en algunos sectores de la Curia Romana.

3. Un encargo del Cardenal Wiseman y una indicación del Obispo Ullathorne

Abandonada la ocupación de la Universidad, tres nuevas tareas ocupan a Newman en torno a 1858. Un encargo hecho por el Cardenal Wiseman de «dar a los ingleses una traducción de la Biblia, precisa, de correcto lenguaje y bien anotada»[76]; las gestiones para iniciar una nueva empresa educativa que mejorara la formación en las escuelas católicas: el «Oratory School»; y, en tercer lugar, hacerse cargo de una conocida revista católica –*The Rambler*– que el arzobispo de Birmingham, William B. Ullathorne, le pide para zanjar la crisis existente entre la publicación y los Obispos ingleses.

Respecto a la traducción de la Biblia, Newman después de realizar algunas deliberaciones y sopesar el encargo, acepta el proyecto y manifiesta al Cardenal sus disposiciones en estos términos:

> «Si acepto sin vacilación ni reservas el encargo que se me propone no es por no percibir que su dificultad es tan grande como el honor que confiere, sino porque me corresponde obedecer el deseo expresado por vuestra Eminencia, con el concurso de un Concilio Provincial»[77].

Comienza así los preparativos de tan ingente obra. Entre otros asuntos, se pone en contacto con más de veinte traductores, hace las

primeras gestiones con los editores e incorpora al proyecto como redactores principales a tres oratorianos de su comunidad. Poco a poco va tomando cuerpo el proyecto y, lo que empezó como aceptación de un encargo más o menos lejano a su voluntad, arraiga en su alma con fuerza e ilusión.

Tras varios meses de trámites, Newman percibe en el Cardenal un cierto distanciamiento en las relaciones con él. Las contestaciones y decisiones que por carta le pedía John Henry quedaban demoradas en el tiempo, o sencillamente sin contestar. A través de indagaciones indirectas Newman constata con claridad que Wiseman había bloqueado el proyecto. No recibió notificación alguna, pero los hechos hablaban por sí solos. No fue la primera vez [78] –ni la última– que el Cardenal le trataba con esta ligereza. Wilfrid Ward comenta en su biografía:

> «Newman supuso que se habían olvidado totalmente [del proyecto]. Otro gran plan fallido que había sido proyectado y que había suscitado grandes esperanzas. Otro año que había sido malgastado. Y otra vez lo mismo, los legisladores eclesiásticos, después de las más aduladoras palabras, y del más alto grado de reconocimiento, aparecían absolutamente indiferentes a su trabajo»[79].

Sin duda, la indiferencia mostrada producía un mayor sufrimiento que la hostilidad. Algo que había surgido en las altas esferas eclesiásticas a «bombo y platillo» y directamente encomendado a John Henry, caía en el olvido –de la noche a la mañana– en la mente del Cardenal.

Respecto a la dirección del *Rambler*, Newman acepta el encargo bajo el más profundo sentido del deber y después de muchas dudas y vacilaciones. Reza con insistencia, ofrece misas para poder discernir la voluntad de Dios; consulta con los padres del Oratorio. Al final de esta larga deliberación acepta el puesto en marzo de 1859.

Su idea sobre la publicación, expuesta por él mismo en la revista de ese mismo mes, era estimular, educar y elevar intelectualmente a las clases cultas de Inglaterra. Dirigida principalmente a los laicos, quería llevar a los medios culturales nuevas formas de entender el protagonismo de éstos en la vida de la Iglesia.

Fue de hecho esta misma idea la que de una forma un tanto impredecible le reportaría, una vez más, tantas tensiones y malentendidos. En el número del mes de mayo Newman escribió un artículo en el que mediaba entre un contencioso existente entre obispos y un

grupo de laicos acerca de temas educativos. Sin quitar ningún tipo de prerrogativas al episcopado, Newman abogaba por tener en cuenta la voz de los fieles.

Este escrito causó un gran malestar en el ámbito clerical. A la postre –pocas semanas después– haría que el propio obispo Ullathorne, presionado por un grupo de prelados, visitara el Oratorio y pidiera a Newman que renunciara a la dirección de la revista, algo que hizo de inmediato.

Sin embargo, estaba ya en prensa un largo artículo en el que Newman aclaraba lo que había causado tanta agitación [80]. El artículo vio la luz en julio y a pesar de su tono prudente y aclaratorio, aumentó el disgusto en los medios eclesiásticos. La respuesta esta vez fue más contundente: Thomas J. Brown, obispo de Newport, escribe tres cartas en las que denuncia a Newman por herejía.

Para arbitrar en el asunto tuvo que mediar el propio obispo Ullathorne. Surgieron, sin embargo, algunos malentendidos entre la Congregación de Propaganda Fide y el propio Newman, que tardaron años en aclararse.

Podemos concluir que el episodio del *Rambler* o, dicho de otro modo, la forma de actuar de los Obispos –incluido su buen amigo Ullathorne– en todo este acontecimiento, supuso un duro golpe para Newman. Se sumaba a una larga lista de tareas que había empezado con esperanza, pero que habían acabado en frustración.

El 17 de julio de 1859 escribe sobre esta cuestión a su amigo Henry Wilberforce:

> «Hice todo lo que pude para averiguar la Voluntad de Dios (...). Pienso que los Obispos sólo ven un lado de las cosas, y yo tengo una misión (...). De otra parte, siempre he predicado que las cosas que son realmente útiles, se llevan a cabo según la Voluntad de Dios en *un momento dado*, y *no en otro*; y que si tú lo intentas en el momento *malo*, lo que en sí mismo es *bueno* tal vez te convierta en un hereje o en un cismático. Lo que yo pretendo puede ser verdadero y bueno, pero puede ser Voluntad de Dios que se haga cien años más tarde.(...). Cuando yo ya me haya ido, quizá se vea que ha habido personas que me impedían hacer una labor que yo *podría* haber hecho. Dios gobierna todas las cosas. Aunque es desalentador estar dislocado con el tiempo que uno vive y ser rechazado y paralizado tan pronto como comienzo a actuar»[81].

En un carácter introvertido como el de Newman, este conjunto de continuos reveses desembocó en que los años inmediatamente posteriores viviera oculto y con una mayor tendencia al aislamiento.

4. Cinco años en la oscuridad (1859-1864)

Los últimos episodios reseñados, junto a la larga suma de dificultades ocurridas en los años anteriores, acarrean en Newman un profundo sentido de inutilidad. Sus obras escritas apenas si habían tenido alguna venta en esa década; sentía que aquéllos que tenían poder le estaban arrinconando o –como él mismo dijo– que «le estaban poniendo sobre la estantería».

Su misión parecía haber llegado a un fin. Cada empresa en la que había pensado ver la mano de Dios que le guiaba, había terminado en nada.

Muchos de sus amigos conversos se dirigían a Newman desolados por la actuación de las autoridades eclesiásticas. Edward Healy Thompson le dice: «parece que tenemos que esperar a un Obispo converso que esté en consonancia con lo que los tiempos demandan». Wilberforce le escribe: «siento profundamente que nuestros obispos no entiendan ni a Inglaterra ni a los ingleses. O bien los laicos católicos acabarán abandonando o, lo que más bien me temo, caerán más y más bajo la guía intelectual protestante, sin ninguna influencia sobre la opinión pública»[82].

Los sentimientos de abatimiento y la fuerte pesadumbre causada por el transcurso de los últimos años están recogidos en el diario de John Henry. Hay dos entradas especialmente relevantes y relacionadas. Son dos textos dirigidos en forma de oración a Dios: uno escrito el 15 de diciembre de 1859; el otro, tres semanas más tarde. En ellos parece entender el porqué de sus fracasos y de los desprecios sufridos. El primero comienza así:

> «"Nadie que haya puesto su mano en el arado, y mire hacia atrás, es apto para el Reino de los Cielos". Escribo de rodillas y bajo la mirada de Dios. ¡Que él vierta su gracia sobre mi! A medida que pasan los años voy teniendo menor devoción sensible y menos vida interior. (...). Cuando era joven, pensaba que os había entregado, con todo mi corazón, el mundo para Vos. Creo que lo hice de buena fe hasta donde la voluntad, el propósito y la intención llegan. Quiero decir, deliberadamente puse el mundo a un lado (...)»[83].

El 8 de enero de 1860 continúa el mismo hilo de razonamientos que afirma haber perdido en la última entrada de su diario y dice:

> «Las circunstancias me han traído últimamente una tentación especial. Desde que me hice católico llevo esforzándome, bregando, traba-

jando con insistencia, sin poner mi confianza en *última instancia* en ninguna persona sobre la tierra, sino sólo en Dios. Pero todavía con un gran deseo de complacer a aquellos que me encargan el trabajo. Tras el supremo juicio de Dios he deseado, aunque en un orden diferente, su alabanza. Y no sólo no lo he conseguido, sino que he sido tratado –de muchas formas– con el desaire, la ofensa, la falta de amabilidad (...).

Ahora estoy entendiendo el significado del texto con el que empecé el 15 de diciembre: "Ningún hombre que haya puesto su mano en el arado, etc.". Estoy tentado de mirar atrás. ¡Que no sea así, Oh mi Señor, con Tu gracia, que no sea así! Lo que quise decirte entonces, lo que te pedí en otros tiempos, te lo pido ahora, Señor. Qué vergüenza que yo temiera ahora pedírtelo de nuevo. Tantas veces te lo he pedido en tiempos pasados, incluso –pienso– antes de ser católico. Sí, más arriba lo he referido[84], en esas palabras de hace más de treinta años: "Niégame la abundancia, etc.". Esa ha sido mi oración a lo largo de la vida, y Tú me lo has concedido, que yo sea puesto aparte de este mundo. (...)»[85].

Este texto acaba con dos peticiones hechas con viveza a Dios y a San Felipe Neri y que sin duda le inquietan. Dice así:

«Todavía una o dos cosas me atormentan, y Oh Señor, ayudadme. Felipe ayúdame.

No permitáis que el desprecio que viene sobre mí, dañe el futuro de mi Oratorio. Sobre esto estoy intranquilo, aunque debiera ponerlo, así, sencillamente ponerlo en Tus manos, oh Señor.

Y una cosa más, enséñame (porque es un tema que me prueba enormemente justamente ahora, sobre el que he rezado y sobre el que he ofrecido Misas); enséñame cómo emplearme más provechosamente, más para Tu gloria, en los años que me queden. Porque mi aparente fracaso me desalienta muchísimo. ¡Oh mi Dios!, me parece haber malgastado estos años que llevo como católico. Lo que escribí cuando era protestante tuvo un poder, una fuerza, un significado e influencia, un éxito, mucho mayor que mis trabajos como católico, y esto me inquieta muchísimo»[86].

Las cartas escritas por Newman en este período –desde 1859 a 1864– muestran también vivamente el estado interior en el que se encuentra.

El 28 de febrero de 1860 escribe a su viejo amigo William Froude:

«(...) Es bueno para mí sufrir pruebas, y estoy en un estado de prueba crónica que sólo conocen aquellos que están muy cercanos a mí. Este

ha sido el camino para mí durante muchos años, nubes de un tipo u otro que retornan tras la lluvia, o mejor, como ya lo he expresado en otro momento, un chaparrón de piedras meteóricas que caen sobre mí, como aquellas que caen del cielo, de forma regular, en el mes de Noviembre. Puedo decir que no me sucede un suceso agradable desde hace más años de los que yo puedo contar»[87].

Estas pruebas, no obstante, no le impiden apreciar la actuación misericordiosa de Dios en los momentos más dolorosos. El 16 de mayo de 1860 escribe a Miss Froude, hija de su amigo William, una carta de condolencia por la muerte de su abuelo:

«El correo de hoy me trae la noticia de la muerte de tu abuelo. Debe haber sido una inmensa prueba para tu madre y tu tía, pero Dios ordena todas las cosas, y no podemos olvidar que Él es infinitamente más tierno y amable y misericordioso para cada uno de nosotros de lo que nosotros podemos ser. Además, si nos dirigimos a Él, nos estamos dirigiendo a Aquel que sabe de lo que estamos hechos, y conociéndonos así, es capaz de ser indulgente de una forma tal de la que nosotros no podríamos ser con aquellos a quienes mejor conocemos»[88].

Más adelante, en julio de 1861, escribe al Padre Ambrose St. John algo que es recurrente en Newman:

«Tengo la sensación de que no he cumplido todavía mi misión y que tengo un trabajo que hacer. Esto me obsesiona»[89].

Y en agosto de 1861 le refiere a Edward Bellasis:

«El caso es el mismo de los últimos años. Cada vez que he intentado hacer alguna cosa por Dios, encuentro que tras un pequeño tiempo, mis brazos o mis piernas tienen una cuerda que les rodea, y tal vez haya sufrido alguna torcedura cuando, a pesar de ello, he hecho el esfuerzo de moverme»[90].

Hay otro suceso que a lo largo de 1861 interfiere en las preocupaciones de John Henry. Como se ha mencionado, Newman había fundado la Oratory School el 2 de mayo de 1859. El fin era establecer una escuela católica con buen nivel educativo. Los comienzos, aun salvando muchas dificultades, se pueden calificar como de buenos. Pero Nicholas Darnell, oratoriano a la cabeza de la joven institución,

se centró en su labor de director en hacer de ella algo parecido a una escuela pública, sin los contrapesos católicos que Newman consideraba necesarios.

La cuestión se resolvió finalmente antes de finalizar 1861. Darnell y su *staff* dimitieron, y Newman pidió a Ambrose St. John que fuera el nuevo director de la Escuela.

Al obispo Ullathorne, aprovechando una carta de agradecimiento escrita el 12 de enero de 1862, le dice a este respecto:

> «Realmente pienso que no hay nadie con tantas dificultades como yo tengo, y espero que ellas sean una prueba del amor de Dios por mí, porque siguen surgiendo de mis labios las palabras (aunque por supuesto yo soy bastante indignas de ellas) "*Si in hac vita tantum in Xto sperantes sumus, miserabiliores sumus ómnibus hominibus*" (I Cor, 15:19) [91]. Así será conmigo, a menos que mis aflicciones sean verdaderas cruces y llevadas como tales. (...) [Respecto al problema con N. Darnell] Agradezco a Dios que haya surgido, más vale que el mal aflore cuanto antes a que esté oculto en el sistema»[92].

Pero no fue ésta la principal tribulación de Newman en esos meses. A comienzos de 1862 escribe:

> «Las dificultades de la Escuela, a pesar de ser grandes, no han sido lo peor (...) la verdadera aflicción ha sido la sacudida que ha sufrido la Congregación, y la ruptura de vínculos tan prolongados e íntimos»[93].

Con esta «ruptura de vínculos» Newman se está refiriendo a las defecciones sufridas en el Oratorio durante el año. El primero fue Frederick Bowles, quien unido a la Congregación desde 1848, marcha de forma repentina en agosto de 1860. Más tarde fue Nicholas Darnell, quien además de dejar el Oratory School abandonó también el Oratorio. En 1862 fue Stanislas Flanagan, otro de los primeros, quien se marchó para incardinarse en una diócesis de Irlanda, de donde era originario.

El descenso en el ánimo de Newman pronto trascendió a la sociedad. Algunos interpretaron que estaba pensándose la vuelta a la Iglesia Anglicana, rumores de los que se hizo eco un artículo publicado el 27 de Junio de 1862 en el *Globe*, donde abiertamente se afirmaba que Newman había dejado el Oratorio y que estaba dispuesto a volver a la Iglesia de Inglaterra. La respuesta de John Henry no se hizo esperar. El 28 de junio escribe a Mr. Ornsby –editor del *Globe*– aclarándole las cosas en una bella y contundente carta [94], estructurada en cuatro pun-

tos. «Yo no he tenido –dice– ni un momento de vacilación en la confianza en la Iglesia Católica desde que fui recibido en su redil».

Pero la seguridad que encuentra en su religión, no obsta para que en 1863 se agrave su desolación. Las palabras encontradas del diario el 21 de enero de 1863 son muy elocuentes:

> «¡Oh cuan triste y monótono ha sido mi itinerario desde que soy católico! He aquí la paradoja, cuando era protestante sentía que mi religión era monótona, pero no mi vida. Pero desde que soy católico es mi vida la que es monótona y no mi religión»[95].

En una carta escrita a Miss Bowles (hermana de su amigo Frederick Bowles) en mayo de 1863, dice:

> «No te preocupes por mí. Dios utiliza sus instrumentos según su voluntad. "Hunc humiliat et hunc exaltat". En cuanto a mí, me encuentro tan lleno de ideas y vida como siempre, pero algo como una cadena invisible, o como una barra de hierro, me impide, me para, cuando intento hacer cualquier cosa. La única razón por la que no disfruto la felicidad de estar fuera de conflictos es que me siento capaz de hacer mucho en ellos. Pero de hecho no podría hacer mucho, ya que chocaría con cualquiera que me encontrara, pisaría los pies de todo el mundo. Desde el primer momento se ha hecho con éxito un esfuerzo para separar de mí a todos los conversos, y son precisamente ellos los únicos que probablemente se moverían a mi lado sin darme codazos»[96].

Son años difíciles, duros y tristes. Es una etapa a la que W. Ward define como «la marca de agua más baja de la vida de Newman»[97]. Son años pasados en silencio y en la oscuridad de un callado trabajo en Birmingham, pero en los que no ha perdido la capacidad de ver la mano de Dios detrás de todos los acontecimientos.

El 13 de febrero de 1864 escribe Newman a Miss Bowles una carta a la que pertenece este bello fragmento:

> «Ciertamente ha sido muy triste enterarme de tu grave enfermedad. Por supuesto que pensaba que te encontrabas en el extranjero. En fin, parece ser una muestra de cariño de la Voluntad de Dios hacia ti. ¡Qué pruebas has tenido! Sinceramente espero que te recuperes, por favor mantenme *au courant* de cómo vas. ¡Oh, qué vida ésta!, y cuan sin sentido para la mayoría de nosotros si no fuera porque hay un futuro. Parece que vivimos y morimos como hojas; pero hay Uno que anota la fragancia de cada una de ellas y, cuando llega su hora, las coloca entre las páginas de Su gran libro»[98].

Capítulo IV
La acción de la mano de Dios desde 1869

Este capítulo comprende los últimos años de la vida de Newman. Abarca desde que cumple los 68 años hasta su muerte, en 1890. Este período del siglo XIX transcurre en un contexto político europeo muy agitado, como lo atestiguan los decisivos sucesos de la ocupación de Roma por los garibaldinos, o la fundación del Imperio alemán. También ocurren importantes acontecimientos eclesiales, como son la celebración del Concilio Vaticano I, la muerte de Pío IX y la elección de su sucesor León XIII, quien elevará a Newman al rango de Cardenal.

La avanzada edad de Newman añade a estas circunstancias las contrariedades propias de esa condición: enfermedades y limitaciones personales y la muerte de amigos y familiares.

En la correspondencia de estos años y en su Diario, aparecen bastantes alusiones explícitas a la Providencia Divina. Por el tenor de ellas, podemos encuadrarlas en dos tipos: aquéllas en las que Newman enseña y anima a mantener la fe en la acción de la mano de Dios, aun en medio de unos acontecimientos que llenan de agitación la vida social europea; y otras en las que John Henry, mirando con perspectiva a su larga vida pasada, da gracias a Dios por tantos dones y bienes recibidos y por la manera en que han sido dispuestos por Él.

El 25 de junio de 1869 anota en los *Escritos Autobiográficos*:

> «La Providencia de Dios ha sido maravillosa conmigo a lo largo de toda mi vida. Una cosa me impresionó esta mañana como una antítesis, de la que a menudo he pensado en sus detalles sin darme cuenta del contraste que proporciona. Y es que mis dificultades e inquietudes han venido de aquellos a los que he ayudado, y mis éxitos de mis oponentes (...).

Supongo que todo el mundo tiene una gran cantidad de cosas que decir acerca de cómo ha sido la actuación de la Providencia divina. Cada persona está sin duda tan protegida y cuidada por Dios, que en el último día, se salve o no, confesará que nada podría haber sido hecho de más por él de lo que en realidad se hizo. Todos podrán sentir su propia historia como especial y singular. En mi caso, no puedo sino repetir las palabras que creo haber usado en un cuaderno de notas de 1820, y es que entre toda la muchedumbre de gente corriente, *nadie* ha pecado tanto ni *nadie* ha sido tan misericordiosamente tratado, como yo lo he sido; nadie como yo tiene tantos motivos para la humillación, ni tantas causas para la acción de gracias»[99].

1. El Concilio Vaticano I

El Papa Pío IX deliberó y consultó durante bastante tiempo la conveniencia de convocar un Concilio ecuménico. Diversos temas del pensamiento moderno y cuestiones de la propia vida eclesial debían ser solemnemente tratadas en una Asamblea de ese tipo. Finalmente, el 8 de diciembre de 1869 dio comienzo el Concilio Vaticano I [100].

Era conocido que uno de los asuntos que con cierta seguridad se abordarían en el Concilio era el de la Infalibilidad del Papa, cuestión polémica en algunos países y que en Inglaterra ya había comenzado a debatirse con energía en torno a 1863.

Newman había mantenido siempre la infalibilidad pontificia, desde su conversión. Tema diferente es si veía oportuno, dadas las circunstancias que atravesaba la cristiandad europea, que tal verdad se proclamara solemnemente. «Por razones prácticas», él hubiera preferido que el Concilio no acometiera ese tema. Ahora bien, cuando por fin se abordó la controvertida cuestión y se proclamó el dogma, son reseñables las numerosas referencias que hizo John Henry no sólo de aceptación de la declaración, sino de su conveniencia, por entenderla como algo querido por la Providencia de Dios.

El profesor Morales afirma a este respecto: «Un acontecimiento eclesiástico de gran envergadura iba ahora a estimular su preocupación por los asuntos de la Iglesia universal y a poner a prueba una vez más la capacidad de ahondar en su reflexión de creyente sobre los caminos de la Providencia divina»[101].

En un escrito personal y confidencial, fechado el 28 de enero de 1870, Newman abre su corazón a su obispo Ullathorne. Tras contarle sus opiniones acerca del desarrollo del Concilio, sus preocupaciones y ansiedades, dice respecto a la posible declaración de la infalibilidad papal:

> «Si es voluntad de Dios que se defina la Infalibilidad del Papa (...) siento entonces que debo solamente inclinar mi cabeza ante su adorable e inescrutable Providencia»[102].

El 3 de febrero del mismo año, escribe a Henrieta G. Chatterton:

> «(...) si el Concilio declara obligatoria la creencia en la infalibilidad, yo diré que la Providencia tiene sus caminos y propósitos para Su Iglesia, que de momento están escondidos a nuestros ojos, pero es Su Bendita Voluntad que durante un tiempo cuenten los éxitos de Su Iglesia sobre el mundo externo»[103].

Poco más tarde dice a su amigo David Moriarty, obispo de Kerry:

> «Si es deseo de Dios que se apruebe alguna definición a favor de la Infalibilidad del Papa, la aceptaré inmediatamente»[104].

La definición se proclamó el 18 de julio de 1870, y constituyó la última decisión doctrinal del Concilio. En diversas cartas escritas en ese verano a amigos católicos que aun vacilaban por la decisión, Newman esgrime el siguiente razonamiento: «"¿permitiría Dios a Su Iglesia conducir a tantos al error?", "¿permitiría que 530 obispos se equivocaran?". La declaración llegó con una gran autoridad. Se habían ofrecido muchas oraciones y misas para que los Padres conciliares obtuvieran luces, y todo esto "a menos que neguemos el cuidado de Dios por nosotros, es una razón fuerte para aceptar lo que han decidido. Para mí, naturalmente, que nunca he tenido dificultad alguna en aceptar esa doctrina, este razonamiento me llega con gran fuerza"»[105].

La vida en Italia, y en general en Europa, se desarrollaba en un ambiente de tensión y de fuerte crispación política. El 20 de septiembre de 1870 las tropas de Garibaldi entran en Roma, lo que conduce –entre otras consecuencias– a la pérdida del poder temporal del Papado. El 20 de octubre de 1870, el Papa Pío IX aplazó el Concilio *sine die* mediante la bula *«Postquam Dei munere»*.

Hay diversas cartas personales de Newman en las que se mencionan las azarosas circunstancias socio-políticas del viejo continente y las repercusiones sufridas en el ámbito religioso. En 1871, escribe a Sir William H. Cope:

> «La Divina Providencia ha permitido los sucesos del último año por algunos buenos propósitos, y nosotros debemos someternos a Su Voluntad»[106].

Su buena amiga, la Madre Mary Imelda Poole, tenía por costumbre encomendar y felicitar por carta a John Henry en el día de su santo. En diciembre de 1870, Newman contesta a su tradicional misiva, en la que además de agradecerle las oraciones y la felicitación, trata de tranquilizarla sobre los tumultuosos sucesos de los últimos meses:

> «Me encuentro bastante bien, pero ¿quién puede decir lo que va a resultar de todo esto? Mira cómo era la cara de Europa hasta el último mes de julio, cuando de repente se levantó tan violenta tormenta (...). Un nuevo mundo está surgiendo del viejo (...). Cada sacerdote ante la Misa reza "*pro felici statu sanctae Romanae Ecclesiae*". Pero no pensemos

que el brazo de Dios se ha acortado, Él tiene muchas y diversas maneras de bendecirnos. Tengamos más fe que la que nos hace suponer que Su providencia está obligada a actuar de una manera determinada, y que Él no puede convertir en bueno aquello que sus enemigos intentan para nuestra destrucción»[107].

Al año siguiente, ante la misma carta de felicitación, la Madre Mary Imelda se muestra asustada y temerosa. Una vez más expone a Newman sus temores por el «crecimiento de una impiedad abierta y un enfrentamiento hostil a Dios, sólo equiparables –afirma– a los días del Anticristo». John Henry responde:

«(...) en respuesta a tus lamentos, aun siendo verdad lo que dices, recuerda los "siete mil de Israel"..., por supuesto que es muy doloroso ver triunfar la injusticia, como ha sucedido en Roma (...), pero nosotros no sabemos lo que es mejor y sólo podemos decir: "Venga Tu reino-hágase Tu Voluntad"»[108].

Un año más tarde, el día de San Juan de 1872, parece continuar el argumento de la carta anterior:

«Pienso que, o bien el Anticristo ha llegado, o una gran prueba purificadora –que puede durar siglos– está llegando a la Iglesia. El curso de la Divina Providencia puede resultar ser tan glorioso como terrible. Yo, como tú, estoy escuchando los pavorosos relatos de las defecciones entre nuestra propia gente, quiero decir, gente de Inglaterra. Una señorita me escribe esta mañana "Más bien es ahora la excepción la de encontrarse en la sociedad con un creyente (...)". Bendigamos a Dios y alabémosle por mantenernos a salvo»[109].

También para las personas recién convertidas que requieren su consejo tiene palabras de aliento y esperanza. El 27 de agosto de 1870, contesta a las preguntas de William Dunn Gainsford:

«(...) debes esperar el tiempo de Dios. Él ya ha hecho gran cantidad de cosas por ti. Pero hará –estate seguro– muchas más. No desconfíes de Él, ponte en sus manos como Padre amoroso que es. No digas sin más "seguiré la verdad" sino "seguiré la guía y la voluntad de quien *es* la Verdad" y "pediré Su gracia para que me capacite hacerlo así"»[110].

A la misma persona, que buscaba ver la voluntad de Dios a través de sucesos que resultaran ser como respuestas directas a sus inquietudes, le dice el 10 de noviembre del mismo año:

«No hay ningún atajo en cuestiones de fe, y agradarás más a Dios siendo paciente (...) que forzando tu inteligencia o buscando libros o razonamientos que parezcan adecuarse a cada una de las cosas que te suceden.

Con esto no pretendo decir que la Omnipotente Voluntad de Dios no pueda valerse de diversas pautas de conversión, o que los libros y las personas no sean Sus instrumentos en el curso de Su Providencia.

Cada persona tiene sus propias dificultades y su propia manera de resolverlas. Los demás no pueden sino darle sugerencias de vez en cuando y en cosas muy concretas»[111].

En este mismo grupo de cartas en las que aconseja a los que dudan, con palabras en donde no es difícil percibir el sentido autobiográfico que encierran, escribe el 10 de abril de 1871 a Emily Bowles:

«Mis mejores saludos para ti en esta Pascua. No dudes que una buena Providencia hará que tu camino sea lo más claro posible a medida que avances, aunque no seas capaz de ver muchos pasos más allá de ti, quién sabe lo que te encontrarás más adelante. ¿Quién sabe qué enfermedades, qué dolores o qué penas van a ser los medios que dobleguen el problema hasta que desaparezca?»[112].

El último día del año de 1872, después de varios meses ordenando sus notas y cartas personales, escribe en su diario:

«*Misericordias Domini in aeternum cantabo.* Me resisto a eliminar del todo el registro de las grandes misericordias que Dios ha tenido conmigo, de las cosas maravillosas que ha obrado en mí alma, y de mi temprana historia moral y espiritual»[113].

Newman sobrepasa los 70 años, y como ya se ha dicho, las circunstancias ambientales no eran en absoluto tranquilas. Sus amigos íntimos van muriendo paulatinamente; basta mencionar por orden cronológico las defunciones acaecidas en estos años para darse cuenta de la repercusión que tuvieron en John Henry fallecimientos tan cercanos en el tiempo: la muerte de su cuñado John Mozley el 23 de octubre 1872; de Serjeant Bellasis el 24 de enero 1873; su buen amigo Henry Wilberforce el 23 de abril del mismo año; seis días más tarde –el 29 de abril– fallece James Robert Hope-Scott; el 22 de junio, John Walker; el 31 de agosto muere en Birmingham su doctor George Fabian Evans; y el 1 de marzo de 1874 fallece Bessie Pope.

A este respecto, dice Newman en una de sus cartas:

«En cuanto a mis amigos personales nunca he tenido una época tan continuada de pérdidas tan cercanas (...). Personalmente me encuentro

bastante bien, pero me pregunto qué es lo más penoso, si morir antes o morir después que los amigos. Pienso que esto último es lo más triste»[114].

El 30 de agosto de 1874, Newman tiene un fuerte presentimiento de la cercanía de su muerte. Una vez más le asalta aquella sensación recurrente desde que se convirtió de que estaba malgastando su tiempo y haciendo muy poco por Dios y por la Iglesia. Escribe así en su Diario:

«Tengo tal deprimente sentimiento de que no he hecho nada en toda mi vida. Especialmente en el momento actual, en el que, sinceramente, pienso que no estoy haciendo nada en absoluto (...). Pero Dios proveerá, Él sabe lo que es mejor. ¿Es acaso Él menos cuidadoso por la Iglesia, menos capaz de defenderla, de lo que yo lo soy? (...). Para mí es suficiente prepararme adecuadamente para la muerte, porque como parece evidente, ninguna otra cosa me aguarda. No hay nada más que hacer.

Él, que ha estado conmigo de forma tan maravillosa a lo largo de toda la vida, no me fallará ahora»[115].

En mayo de 1875, Newman se implica en una controversia con el político William Gladstone[116]. Oyendo todavía los ecos del éxito causado por su escrito *A letter to the Duke of Norfolk*, en el que responde y rebate de forma brillante las acusaciones de Gladstone, le sobrevino otra trágica pérdida: tras una inesperada enfermedad, muere repentinamente su íntimo amigo Ambrose St. John, brazo derecho en el Oratorio, y –como algunos le habían llamado desde 1847– «ángel de la guarda» de Newman. Es una pérdida que para John Henry supondría «una herida que nunca sanaría». Ambrose St. John era 14 años más joven que Newman, y había sido su compañero durante 32 años. Newman había esperado siempre que fuera, tras su muerte, el encargado de escribir su biografía y su albacea literario.

Se conservan más de cincuenta cartas escritas por Newman durante los meses que siguieron al fallecimiento de St John. En muchas de ellas, además de resaltar el dolor sufrido, expone diversos razonamientos en los que explica el significado que para él supone este triste sucedido. La carta escrita el 2 de junio a John Thomas Walford puede servir de muestra de una de estas ideas: Ambrose St. John era un regalo que Dios, en su benevolencia, le había hecho. Dice así:

«No puedo sorprenderme que tras un período tan largo de 32 años, nuestro Señor se llevara lo que Él me había dado. ¿No ha sido maravillo-

so que cuando yo fui despojado de todo tipo de amigos, Dios me diera justo uno que me fue siempre tan fiel y me facilitara y apoyara en todas mis necesidades?»[117].

Otra idea que Newman repite insistentemente en estas cartas es la relación que encuentra entre este nuevo mazazo del Señor y el momento presente de su propia vida. Newman entiende que la manera santa con la que Ambrose afrontó su último trance le debe ayudar a él a prepararse para su propia muerte. Los siguientes fragmentos de cartas muestran con claridad este pensamiento:

«No dudo en absoluto que este golpe ha venido sobre mí por pura Misericordia de Dios, para prepararme a mi propio final, cuando quiera que suceda»[118].

Dos días más tarde escribe al Obispo de Kerry:

«Firmemente creo que el Señor me avisa que debo estar preparado para Su Llamada como mi amigo lo estaba»[119].

El mismo día 5 de junio dice a su vieja amiga la hermana Mary Imelda Poole:

«Tú eres una de aquellas personas que desde hace un buen número de años nos has conocido bien y puedes estimar lo que supone esta pérdida (...).

Yo agradezco a Dios por habérmele dado durante tanto tiempo.

Le agradezco por llevársele, cuando hubo una ocasión para él de una muerte que le diera la vida (*living death*).

Le agradezco por haberme dado este aviso para que me apresure y prepare para su Llegada»[120].

El 5 de septiembre escribe a John Hungerford Pollen unas serenas y bellas palabras depuradas por la distancia de los más de tres meses transcurridos desde el fallecimiento:

«No dudo, o mejor, percibo con claridad que este severísimo golpe era necesario para prepararme para mi muerte. Nada con menos entidad me hubiera ayudado tanto a dejar mi apego por la vida»[121].

A pesar de todo, Newman siguió trabajando en sus tareas ordinarias del Oratorio y de la Escuela, al mismo tiempo que impulsaba la reedición de sus obras.

El día 7 de febrero de 1878, tras un pontificado de treinta y dos años, fallecía en Roma Pío IX. El día 20 del mismo mes es elegido Papa León XIII. «Se cerraba un período en la azarosa historia de la Iglesia del siglo XIX, y también, de modo inesperado, en la vida de Newman»[122].

2. Nombramiento como Cardenal

A los pocos meses de la elección del nuevo Papa León XIII, en el verano de 1878, algunos laicos de Inglaterra empezaron a promover el nombramiento de John Henry como Cardenal de la Iglesia Católica [123]. El Duque de Norfolk –uno de los principales promotores– explica por carta a Wilfrid Ward los motivos que le movieron a pedirlo al Sumo Pontífice:

> «Me movía en grandísima medida el sentido claro e inequívoco de que le era debido a Newman recibir, tras su larga vida de maravilloso y triunfante trabajo realizado por la religión, la más alta marca de reconocimiento que la Santa Sede pudiera darle. Yo sabía cuánto se había hecho para oscurecer la verdadera naturaleza de su obra y de sus resultados. Sabía que debía ser un profundo dolor para él sentir que tanto su trabajo como su misma persona no eran entendidos en el preciso ámbito donde él destacaba con claridad; pero, (...) lo que principalmente me ha movido en este asunto, es que sinceramente pienso que no ha habido ningún católico que haya sido escuchado entre los no católicos, con tanta atención, respeto y, hasta cierto punto, simpatía, como Newman lo ha sido»[124].

León XIII, conocedor de la verdadera entidad y talla espiritual de John Henry, se mostró favorable a la solicitud, a la que en esos momentos eran ajenos la mayoría de la gente y también el propio Newman. El último día de ese año, John Henry recibió a través de los obispos Manning y Ullathorne una carta oficial del Cardenal Nina –secretario de Estado– en la que se le preguntaba si estaría dispuesto a aceptar el cardenalato. Newman, tras entrevistarse con Ullathorne para expresar su agradecimiento al Papa, preguntó si podía recibir tal honor sin residir en Roma; el 11 de Marzo de 1879 recibió un mensaje formal del Santo Padre en el que se le confirmaba el permiso de no residencia en la Ciudad Eterna.

En la biografía de Wilfrid Ward se dice: «Con su profundo sentido de la acción de la Providencia en su vida –de la "Amable luz" por

la que se dejaba guiar– el gran suceso de 1879, que removió de forma repentina y completa su ya larga sensación de impotencia, le pareció a Newman casi como un milagro visible. Nada excepto este signo de favor nacido en Roma podría haber levantado la nube [de sospecha] que se había cernido sobre él; y aquél que era absolutamente indiferente a dignidades externas, vio la mano de la Providencia, y supo agradecerla como era debido»[125].

La correspondencia de Newman a partir de la notificación oficial muestra a un hombre con un profundo sentido para ver, en ese gesto del Papa, la acción de la mano de Dios. Son cartas en las que pronuncia repetidamente acciones de gracias por la merced divina de ser nombrado Príncipe de la Iglesia, con la consiguiente aprobación de su persona y de su obra ante el mundo entero.

El mismo día 11 de marzo escribe a Dean Church:

> «(...) todas aquellas historias que han circulado acerca de que yo era Católico a medias, o un Católico Liberal, bajo una nube [de sospecha], y que no era de confianza, llegan ahora a un final...
>
> Fue por este motivo por el que me atreví a no rehusar el ofrecimiento. Una buena Providencia me dio la oportunidad de aclarar algunas antiguas calumnias en mi "Apología"; y no la rechacé. Y ahora Él me da los medios, sin ningún afán por mi parte, de poner en su sitio otras calumnias que iban dirigidas en contra mía; ¿cómo podría rehusar tan gran amorosa amabilidad?
>
> Siempre he intentado dejar mi causa en las Manos de Dios y ser paciente, y Él no me ha olvidado»[126].

El día siguiente, el 12 de marzo, escribe al Padre John Gerard:

> «Por supuesto que yo no puedo esperar vivir mucho más tiempo; pero es una maravillosa forma de acabar mi vida el haber tenido esta tierna Providencia de Dios. He vivido tiempo suficiente para ver una gran maravilla. No olvidaré que tengo tus oraciones, muchas gracias por ellas»[127].

Cuatro meses más tarde, el 24 de julio, escribe a Canon Walker:

> «Mi querido Canon Walker:
>
> Este es uno de los más grandes favores que la Divina Providencia puede dispensar sobre un sacerdote, para que éste gane la buena opinión y simpatía de sus hermanos. (...).
>
> Confío, como ya he dicho, que no es erróneo sentir y hablar de esta manera. Hubo Una Mujer que con toda su inabordable santidad y su

trascendente humildad de corazón, pudo en su "Magnificat" alegrarse ante la perspectiva de que todas las generaciones la llamarían Bienaventurada; entonces, cómo puede estar mal si yo a mi nivel, lógicamente mucho más bajo, pero igual en su espíritu, incluyo en mi supremo agradecimiento debido al Dador de todas los bienes, un sentido de regocijo por la ternura paternal que hacia mí ha mostrado el Soberano Pontífice. (...)»[128].

El 12 de mayo de 1879 Newman recibe en Roma el *Biglieto* que le notifica su cardenalato. En su discurso, además de agradecer al Papa su benevolencia, resume lo que ha supuesto su vida como cristiano: «Por espacio de treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con mis mejores energías al espíritu del Liberalismo en religión». Tras describir esta doctrina y concretar su forma de darse en Inglaterra, acaba su disertación con unas palabras de esperanza, en las que no faltó el razonamiento de su aguda visión respecto a la forma de actuar de la Providencia divina. Dice así:

«El Cristianismo ha estado demasiadas veces en lo que parecía un peligro mortal para que ahora nos vaya a atemorizar una nueva prueba y (...) lo que es más imprevisible y puede llegar a ser más sorprendente cuando se observa desde fuera, es la forma en concreto por la que la Providencia rescata y salva a sus elegidos. A veces nuestro enemigo se convierte en amigo; a veces se ve despojado de la virulencia maligna que le hacía tan temible; a veces se destruye a sí mismo; o queriendo hacer el mal hace el bien, y luego desaparece. En general, la Iglesia no tiene más que perseverar en sus propios deberes, con paz y confianza, permanecer tranquila y confiar en la salvación de Dios. "*Mansueti hereditabunt terram et delectabuntur in multitudini pacis*"»[129].

3. Últimos años

Los últimos años de la vida de Newman estuvieron centrados por su trabajo en el Oratorio y en la Escuela de Birmingham. A comienzos de la década de los ochenta también ocupó su atención y esfuerzos en contrarrestar el progresivo descrédito que una ciencia moderna y un método crítico en historia comenzaban a realizar respecto de la fe en la Sagrada Escritura. Newman, ya demasiado mayor para entrar con profundidad y extensión en estos temas, se valió del peso de su nombre para publicar, en el mes de junio de 1882, un ensayo sobre la Inspiración bíblica en la revista americana *Century Magazine*.

Las limitaciones físicas derivadas de la edad aumentan progresivamente en el Cardenal. En una carta escrita en octubre de 1882 a Lord Braye, con el fin de disculparse por no acudir a una invitación, dice:

> «Gracias a Dios puedo decir que estoy de momento bastante bien y, hasta donde yo sé, libre de cualquier enfermedad, pero tengo más de ochenta años y camino, como, leo, escribo y hablo con bastante dificultad. Respiro con problemas y mi mente trabaja con lentitud (...)»[130].

En la misma carta, Newman contesta a Lord Braye, aquejado por una severa contrariedad, en los siguientes términos:

> «¿Qué puedo decir en respuesta a tu carta? En primer lugar, que tu caso es exactamente como el mío: Son incontables los años –digamos cincuenta– que he pasado gritando: "He trabajado en vano; sin motivo y en vano he consumido mi fuerza; por tanto, mi juicio está en el Señor y mi recompensa en mi Dios". Ahora, al final de mis días, cuando está tan cerca de mí el otro mundo, por fin he sido reconocido en Roma. No creas que desvarío, más bien al contrario. Las palabras usadas por el profeta para sí mismo, expresaban con perfección mi agudo dolor y fueron ellas las que me trajeron la consolación. Es una ley de la Providencia de Dios que nosotros consigamos el éxito a través del fracaso; por eso mi consejo es decirte: "No dudes que Él se valdrá de ti –sé valiente–, ten fe en Su amor por ti –en su perpetuo y eterno amor–, y ámale con la seguridad de que Él te ama"»[131].

Otro asunto que con bastante frecuencia aparece en las cartas que Newman escribe en estos últimos años de su vida, es la preocupación por el creciente proceso de secularización que invadía a la sociedad inglesa. El 15 de junio de 1882 intenta tranquilizar a una atribulada Emily Bowles, que le ha pedido oraciones por la pérdida de la fe cristiana que un amigo común había sufrido en Londres. La descripción del desarrollo y efectos que este fenómeno secularizador produce en las almas lo describe en la siguiente carta:

> «Si todo va bien, ofreceré la Misa del sábado por tu intención. Realmente creo que se trata de una epidemia extremadamente infecciosa[132]. No se propaga a través de la razón, sino mediante la imaginación. Ésta se encarga de presentar a la razón un modo de ver las cosas que parece como posible e incluso más que probable. Al principio comienza como una obsesión que atormenta y, a la larga, puede llegar a imponerse a la inteligencia. Empezamos preguntándonos "¿Cómo puedo estar seguro

de que esto no es así?", y este pensamiento nos oculta de la mente los verdaderos fundamentos racionales sobre los que se edifica nuestra fe. Luego nuestra fe se va diluyendo y es imposible recuperarla en este mundo si no es por una maravillosa gracia de Dios. ¡Que Dios nos libre de este terrible engaño que en estos nuestros postreros días se nos viene encima! Miro con profunda compasión, e incluso temor, a la próxima generación»[133].

En la misma línea de razonamiento escribe a Christopher Scott en agosto de 1884:

«En una mala época, como la actual, cuando una nueva y admirable forma de infidelidad nos invade, la fe y el culto Católico son el único refugio disponible de la religión, (...)»[134].

No obstante, conocedor del mal racionalista que se va extendiendo por Europa, no se deja ganar por el pesimismo. El 7 de enero de 1887, en una de sus últimas cartas de cierta magnitud escritas por su mano, escribe a William Knight:

«En este día de indiferencia religiosa y de incredulidad ha sido mi esperanza y mi consuelo pensar que está en marcha un callado e íntimo proceso dentro del corazón de muchos hombres, que, aunque no tenga un pleno despliegue en esta generación o en la próxima, responde en cualquier caso a una verdadera obra de la Providencia Divina con vistas a lograr un estado de la religión como el mundo no ha visto hasta el presente»[135].

El profesor Morales, al hilo de esta carta, comenta: «No eran las palabras de un visionario ni la expresión de un optimismo a ultranza, sino las certezas de un hombre de fe que nunca había dejado de interpretar el mundo y los sucesos históricos desde la luz y la perspectiva del mundo invisible»[136].

Paulatinamente van extinguiéndose sus fuerzas. Otras tareas habituales, además de la de escribir cartas, se hicieron imposibles. El último discurso que predicó el Cardenal fue el 1 de enero de 1888 en la celebración del jubileo sacerdotal de León XIII. Durante el sermón volvió a aparecer la vieja idea que durante tanto tiempo constituyó una dura prueba para Newman: desde que era Católico apenas si le habían permitido hacer alguna cosa, hasta casi los últimos años de su vida. Él encontró en esto un punto de coincidencia con el papa León, el cual decía de sí mismo que cuando fue elegido Papa era un hombre viejo y desconocido por el mundo. Esa era la manera de actuar de la Providencia de Dios. Continúa Newman en su discurso:

> «Cuando miramos atrás en las vidas de los hombres santos, parece maravilloso que Dios no los haya empleado más completamente»[137].

Corrobora esa idea con ejemplos como los de Moisés que empezó muy mayor en su misión de guiar a los israelitas, o San Juan Bautista, que fue decapitado al comienzo de su obra; después de poner otros ejemplos dice:

> «No es que quiera equiparar a nuestro Santo Padre con Moisés, pero sí decir que se ha aplicado la misma regla que en su caso (...). Él fue encontrado por Dios, como tantos otros, por la especial inspiración y providencia de Dios, y nosotros en nuestra ignorancia no conocíamos nada de él».

Sus condiciones físicas iban rápidamente debilitándose. Una de las últimas cartas manifiesta su agradecimiento a Dios. Es la que dirige a George T. Edwards el 7 de enero de 1889:

> «Querido Mr. Edwards. Dios nunca me ha fallado. Él ha sido en todo momento para mí un Dios fiel. Confío en que tus oraciones me harán mucho bien. Ellas me llevarán hasta el fin»[138].

En octubre de ese año, a causa de una caída, le administraron los últimos sacramentos; aunque se recuperó, Newman es plenamente consciente de que en cualquier momento podría llegar su partida definitiva. El 25 de diciembre de 1889 celebró Misa por última vez. Su falta de vista y de fuerza hacían temer algún percance durante la celebración. Los últimos meses de su vida los pasó sin especiales sobresaltos ni crisis; falleció en la tarde del 11 de agosto de 1890. Fue enterrado en el cementerio oratoriano de Rednal, cerca de Birmingham.

Conclusiones

1. John Henry Newman, a los 15 años de edad, sufrió «un gran cambio interior» cuando percibió con nitidez en su alma que el Dios Creador es un Dios misericordioso que mostraba un Amor de predilección único hacia él. Esta experiencia –fruto de un proceso laborioso gestado en su conciencia por diversos sucesos ordinarios y que duró aproximadamente seis meses– produjo una profunda huella en su alma, que duró toda su vida y le dio desde entonces un hondo sentido de misión a su existencia.

A los 32 años, durante una enfermedad padecida en Sicilia en la que se debate entre la vida y la muerte, vuelve a experimentar la misma sensación –«difícil de explicar con palabras»– de ser sujeto único del Amor de predilección de Dios.

2. Newman, desde muy joven y hasta el final de sus días, confió y practicó la afirmación paulina –«*sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios*»– hasta sus últimas consecuencias. Poseyó la profunda convicción de que Dios siempre le daba aquello que era mejor para él, también cuando las circunstancias personales eran especialmente desfavorables. Esta aguda visión para entender las contrariedades como dispensaciones de la Providencia ordinaria dirigidas a él, se hizo particularmente patente en las tres enfermedades graves que sufrió en su vida y en algunos fallecimientos de familiares y amigos íntimos.

Ante esos acontecimientos adversos, Newman agradeció profunda y sinceramente a Dios la dispensación de su gracia, por lo que suponían de llamadas personales de conversión y de corrección del rumbo que hasta ese momento llevaba. Así, la muerte de su hermana pequeña Mary, la entendió como anuncio de un Dios providente «que le desvelaba las futuras tempestades que podían afligirle todavía más amargamente»; el fallecimiento de Ambrose St. John, como una invitación a reflexionar sobre la cercanía de su propia muerte, etc. En este trabajo, ha resultado difícil dar la fuerza apropiada a las expresiones, nunca rutinarias o vacías de contenido, que John Henry utiliza para el agradecimiento a Dios en estos sucesos.

3. La acción de la Providencia Divina sobre los hombres es calificada por Newman repetidas veces en su diario y en su correspondencia con el adjetivo de «particular», en su acepción de personal. Dios cuida, trata y ama a cada una de las mujeres y de los hombres en su singularidad, tanto de su identidad personal como de sus circunstancias. Ese cuidado y protección providencial proviene del eterno y perpetuo amor de Dios por cada persona, atendida y mimada como si sólo existiera ella («nuestras almas son hojas que Dios guarda entre las páginas de su gran libro, tras anotar la fragancia de cada una de ellas»). Todos y cada uno de los seres humanos están tan protegidos y cuidados por su Padre Dios, que nadie al final de sus días –con independencia de su destino eterno– alcanzará a decir que se podría haber hecho más por él. Todos podrán afirmar que su historia ante Dios ha sido especial y singular.

4. La Voluntad de Dios para los hombres es siempre considerada por John Henry como «bendita», «dulce», «tierna», «amable», «mise-

ricordiosa», etc. La actitud del hombre debe ser de correspondencia de amor a la Voluntad divina («Fiat voluntas tua»); ponerse en sus manos, pedirle que nos moldee a su gusto para la misión y trabajo que Él haya designado para nuestra vida.

Los caminos de Dios son misteriosos. Su Voluntad y cuidado amoroso sobre cada ser humano muchas veces resulta oscuro y generalmente lo revela y realiza por medio de causas segundas. John Henry, sin caer en «providencialismos», buscó y se esforzó por encontrar las providencias de Dios en los diversos sucesos, grandes o pequeños, que componían su vida. Afirmaba que Dios no está obligado a actuar de ninguna manera determinada y que puede emplear cualquier eventualidad, por trivial que parezca, para mostrarnos distintas verdades que estaban ocultas para nosotros.

5. La obediencia rendida a la autoridad eclesiástica es siempre para el católico una señal cierta de seguimiento a la Voluntad de Dios. En ese sentido, es reseñable la permanente actitud de lealtad y docilidad mostrada por John Henry a sus superiores, en ocasiones en situaciones manifiestamente heroicas.

6. La acción de la Providencia de Dios que gobierna la Historia y conduce a cada una de las almas, no suele ir acompañada de sucesos especiales o intervenciones deslumbrantes que muestren con claridad el fin de sus caminos. Por el contrario, Newman se reconoce instrumento llevado por la mano de Dios «como a ciegas» sin saber en muchos casos a dónde es conducido.

Esta idea la transmitió también por medio de sus conocidas poesías «Lead kindly light» y «Providence». En la primera, pide a Dios ser conducido hacia delante en su vida por medio de su amable luz, aun no viendo el itinerario en su totalidad: «guía mis pasos; no pido ver el lejano paisaje, un solo paso me basta». En la segunda, afirma sentir una agitación en su pecho cuando siente la sombra de la mano providente de Dios en su alma, para estar atento a lo que Él quiera revelarle y así, saber secundarlo.

7. Ante los caminos inescrutables que Dios dispone para cada alma, Newman no preconiza un conformismo o quietismo que conduzca a la pasividad. Compatible con la aceptación de la Voluntad divina se encuentra la oración y los sacrificios; medios que Newman utiliza con frecuencia, y aconseja usar, para pedir fortaleza y paciencia ante la contrariedad, paz para el alma y fidelidad a los propios compromisos. También la acción de gracias a Dios es tema habitual de su oración personal y de los consejos dados a otros para los momentos de tribulación.

8. John Henry, durante los años en los que posiblemente sufrió una mayor desolación y oscuridad interior (1859-63), recoge en su Diario una singular oración dirigida a Dios en ese tiempo, en ella relata su descubrimiento de cómo Dios le concedía –mediante las sombrías contradicciones que estaba atravesando– su petición hecha con insistencia a lo largo de su vida, de que se le negara toda muestra de fama, honra o dinero; o lo que era lo mismo, el total olvido de su persona e influencia en este mundo.

9. Newman, a los 80 años de edad, afirmó en diversas ocasiones que «es una ley de la Providencia que los hombres consigan el éxito a través del fracaso». Esta afirmación es pronunciada al poco tiempo de ser nombrado cardenal, tras cuarenta años de frustraciones casi continuas. Al comienzo, porque el largo recorrido que hizo hasta su conversión al catolicismo, aun reconociéndolo maravilloso, le condujo a la soledad. Después, porque los casi veinte años siguientes estuvieron marcados por el sufrimiento de no encontrar el camino en el que pudiera desempeñar lo que él entendía como su misión. Pasó, pues, de una fama y un patente triunfo personal alcanzado en Oxford a los 37 años en su condición de anglicano, a ser prácticamente olvidado por todos y puesto bajo sospecha de su ortodoxia en la doctrina en el ámbito católico, cuando cumplió los 63 años. Experimentó que tanto el sufrimiento personal como su fracaso parecían señalar las condiciones del éxito de su misión.

10. Newman entiende que el cuidado de Dios sobre su Iglesia es el fundamento firme de la esperanza y optimismo ante los ataques y crisis que ésta pueda sufrir. Tiene plena confianza de que «el brazo de Dios no se ha acortado». Puede ser objetivo percibir el mal que se extiende en un momento dado de la historia (caso del Liberalismo contra el que luchó toda su vida), o doloroso ver triunfar la injusticia cuando se ha sembrado la honradez, pero Dios es capaz de cambiar en bueno lo que sus enemigos proyectan como malo, o encontrar a las personas adecuadas en los momentos precisos, para cambiar un rumbo equivocado.

NOTAS

1. Cfr. PPS IV, «Christ Manifested in Remembrance», p. 901.
2. Cfr. LD I, p. 251. Escrita el 17 agosto de 1825.
3. *Apologia*, p. 31.
4. *Apologia*, p. 31.
5. *Apologia*, p. 32.
6. AW, p. 13.
7. «estoy muy agradecido a usted por su amable regalo y por la carta que lo acompañaba. Ojalá le saque el provecho debido y sea un medio que me mantenga en el camino correcto. Porque ciertamente encuentro que tengo una gran necesidad de algún monitor que me dirija y sinceramente confío en que mi conciencia, iluminada por la Biblia a través de la influencia del Espíritu Santo, pueda probar a un fiel y vigilante guardián de los verdaderos principios de la religión». AW, p. 152.
8. PPS IV, «Christ Manifested in Remembrance», p. 897.
9. AW, p. 268. Día 25 de junio de 1869.
10. Cfr. J. MORALES, *Newman (1801-1890),* p. 16.
11. Cfr. LD I, p. 113.
12. LD I, pp. 115 s.
13. AW, p. 202. Día 3 octubre de 1824.
14. AW, p. 268. Día 25 de junio de 1869.
15. *Apologia,* p. 39.
16. Carta escrita el 18.I.1828 a Edward Hawkins. Cfr. LD II, p. 51.
17. En AW, p. 213, se puede leer las siguientes palabras de Newman: «Debe haber sido en octubre de 1826, cuando yo la contemplaba –bonita como ella era–, me parecía decirme a mí mismo, ¿hermana, cuánto más vivirás?, o ¡qué extraño que todavía sigas viva!».
18. LD II, pp. 48-50.
19. Cfr. LD II, p. 51. 18.I.1828.
20. *Letters and correspondence of John Henry Newman*, p. 155. Escrita el 21 de abril de 1828. «La muerte tenía prisa contigo, hermana querida/ y fue sobrecogedora en su rapidez;/ Corta pena, luego larga hasta que tu fin se vino encima:/ tal fue el camino decretado,/ la senda más rápida/ para conducir tu alma desde la tierra a la morada misma de Dios».
21. Frase acuñada por Newman al referirse a este episodio de su vida al que le dio considerable importancia.
22. AW, pp. 111-138.
23. AW, pp. 121-138.
24. *Apologia*, p. 56.

25. AW, p. 125.
26. Carta a H.W. Wilberforce el 4 de agosto de 1833. Recogida en AW, p. 118.
27. AW, p. 120.
28. L. BOUYER, *Newman, his Life and Spirituality*, London 1958, p. 149.
29. *Verses on Various Occasions*, nº 90 (The Pillar of the Cloud). «Condúceme, Luz Amable, a través de la envolvente penumbra,/ ¡Llévame Tú hacia delante!/ La noche es oscura, y estoy lejos de mi hogar-/ ¡Llévame Tú hacia delante!/ Guía mis pasos; no pido ver/ el lejano paisaje-un solo paso me basta./ No siempre ha sido así, ni he rogado que Tú/ me llevases hacia delante./ Me gustaba elegir y ver mi camino, pero ahora/ ¡Llévame Tú hacia delante!/ Amaba el estridente día, y, a pesar de los temores/ el orgullo dominaba mi voluntad: no te acuerdes de los años pasados./ El orgullo dominaba mi voluntad: no te acuerdes de los años pasados./ Hace tanto tiempo que Tu poder me ha bendecido, seguro que aun/ me conducirá hacia delante,/ Por la pradera y el pantano, por el despeñadero y el torrente, hasta que/ la noche se haya ido;/ y con el alba las caras sonrientes de ángeles/ que yo amé desde hace tanto y durante un tiempo he perdido».
30. *Verses on Various Occasions*, nº 111 (Semita Justorum). «Cuando miro atrás hacia mi anterior devenir,/ veo épocas en las que un Rayo Interior/ brilló más, o abrió un camino nuevo;/ La Verdad, en su más rica escena y más noble espacio/ me fue otorgada para que mis ojos pudiesen ver y mis pies seguir./ Y luego recuerdo cómo la tribulación,/ o el dolor, o la angustia, o un extraño día lleno de acontecimientos,/ dieron a mi alma atormentada una gracia mucho mayor./ Así que ahora, siempre que en el transcurso de mi viaje siento/ la sombra de la Mano Providente,/ corre por mi pecho una profunda y entrecortada agitación,/ en busca de saber lo que Él me quiera ahora revelar,/ qué pecado descubrir, qué estricta norma me quiera mandar,/ y obligarme así para realizar su total requerimiento».
31. *Apologia*, p. 193.
32. *Apologia*, p. 134.
33. *Apologia,* p. 138.
34. PPS VIII, «Divine Calls», pp. 1578-1586. Escrito en octubre de 1839.
35. PPS VIII, «Divine Calls», p. 1586.
36. J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, p. 10.
37. J. L. IZQUIERDO, *Antología de Newman. Selección de sus principales obras en prosa*, Buenos Aires 1946, p. 15.
38. J. MORALES, *Newman (1801-1890),* p. 124.
39. *Apologia*, p. 183.
40. J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, p. 116.
41. Carta a Henry Edward Manning recogida en la *Apologia,* p. 220.
42. *Apologia*, p. 223.
43. *Apologia*, p. 226.
44. *Apologia*, pp. 228 s.
45. *Apologia,* p. 237.
46. LD XII, pp. 12-14.
47. AW, pp. 245 s.
48. AW, pp. 245 s.
49. LD XII, p. 345. 24-XI-1848. Escrita a Mrs. J.W.Bowden.
50. LD XIII, p. 114. 15-IV-1849.
51. LD XIII, p. 139. 5-V-1849. a T. F. Knox.
52. Se refiere a los Padres del Oratorio de San Felipe Neri.
53. LD XIV, pp. 13-14. Carta circular del 19-VII-1850.
54. LD XIV, p. 33. 7-VIII-1850.

55. LD XIV, pp. 184-185. 31-XII-1850. Carta a George Bowler.
56. J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, p. 176, nt. 376.
57. *Apologia,* p. 237.
58. AW, p. 251.
59. AW, 256. Escrito el 27.XI.1866.
60. Ward, cap. X; J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, pp. 202 ss.
61. LD XIV, pp. 440 s. 26-XI-1851.
62. LD XIV, p. 437.
63. LD XIV, p. 438.
64. LD XV, p. 10. 12-I-1852.
65. LD XV, p. 68. 16-IV-1852.
66. LD XV, p. 109.
67. En carta a Mrs J. W. Bowden (LD XV, p. 127) Newman muestra el dolor provocado por la muerte de Harriett, a quien desde hacía nueve años no había visto.
68. LD XV, pp. 195 s.
69. LD XV, p. 208.
70. LD XV, p. 300.
71. LD XV, 309. 23-II-1853.
72. ¡Oh buena cruz, tanto tiempo deseada! Cfr. LD XIV, p. 437.
73. Cfr. Ward, Cap. XI, p. 314.
74. J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, p. 212.
75. Cfr. Ward, capítulo XII, pp. 386-389.
76. LD XVIII, p. 122.
77. LD XVIII, p. 129. Se refiere al 2º Sínodo provincial de Westminster, celebrado en 1855.
78. En sus *Escritos Autobiográficos* apunta en más de una ocasión esta tensa relación con el Cardenal Wiseman (cfr. AW p. 255).
79. Ward, Cap. XIV, p. 427.
80. El artículo se titulaba «On consulting the Faithful on Matters of Doctrine». Más tarde contribuiría de forma muy eficaz a la caracterización de lo que hoy se entiende como *sensus fidelium*.
81. LD XIX, pp. 179 s.
82. Cfr. Ward, cap. XVII, p. 501.
83. AW, pp. 249-251.
84. Se refiere a lo escrito el 15 de diciembre.
85. AW, pp. 251-253.
86. AW, p. 253.
87. LD XIX, p. 313.
88. LD XIX, pp. 337 s.
89. LD XX, pp. 8 s.
90. LD XX, pp. 33 s.
91. «Si tenemos puesta la esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de todos los hombres».
92. LD XX, p. 124.
93. LD XX, p. 131.
94. La carta está recogida en LD XX, pp. 215 s.
95. AW, p. 254.
96. LD XX, p. 445.
97. Ward, Cap. XIX, p. 568.
98. Carta recogida en Ward, Cap. XIX, pp. 612 s.
99. AW, pp. 267 s.

100. John Henry fue invitado a asistir al Concilio en calidad de teólogo y consultor por diversas personalidades, incluido el propio Papa. Él rehusó la oferta principalmente por «su estado de salud».
101. J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, p. 299.
102. LD XXV, pp. 18 s.
103. LD XXV, p. 23.
104. LD XXV, p. 58.
105. Cfr. LD XXV, Introductory Note, pp. XVI, XVII.
106. LD XXV, p. 447. Escrita el 10 de diciembre de 1871.
107. LD XXV, pp. 256 s.
108. LD XXV, p. 454. Escrita el 28 de diciembre de 1871.
109. LD XXVI, p. 222. Carta a la Madre Mary Imelda.
110. LD XXV, pp. 196 s.
111. LD XXV, p. 227.
112. LD XXV, p. 314.
113. AW, p. 149.
114. LD XXVII, pp. 30 s. Carta escrita el 6 de marzo de 1874 a R.W. Church.
115. AW, pp. 270 s.
116. Político liberal que, apoyándose en la definición de la infalibilidad papal, arremete contra la libertad de los católicos, afirmando que tal definición influye en el compromiso de los católicos en su relación con el Estado.
117. LD XXVII, p. 308.
118. LD XXVII, p. 310. Escrita a R.A. Coffin el 3 de junio de 1875.
119. LD XXVII, p. 313. Escrita a David Moriarty, Obispo de Kerry, el 5 de junio.
120. LD XXVII, p. 314.
121. LD XXVII, p. 350.
122. J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, p. 323.
123. Cfr. Ward, cap. XXXIII; J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, pp. 323-327.
124. Ward, Cap. XXXIII, p. 436.
125. Ward, Cap. I, p. 10.
126. LD XXIX, p. 72.
127. LD XXIX, p. 75.
128. LD XXIX, p. 159.
129. Discurso de J. H. Newman recogido en Ward, pp. 459-462.
130. LD XXX, pp. 141.
131. LD XXX, pp. 142.
132. El 5 de enero de 1882 dice «pienso que estas impactantes imaginaciones en contra de cualquier cosa sagrada y sobrenatural son verdaderas enfermedades del alma, semejantes a los males del cuerpo, y que se contraen y extienden como una verdadera epidemia, por contacto o cercanía con quienes las padecen». Cfr. LD XXX, p. 48.
133. LD XXX, p. 102.
134. LD XXX, p. 394.
135. LD XXXI, p. 181.
136. J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, p. 335.
137. Discurso de Newman el 1. I. 1888 recogido en Ward, Cap. XXXV, p. 530.
138. LD XXXI, p. 269.

ÍNDICE DEL EXCERPTUM

PRESENTACIÓN 147

ÍNDICE DE LA TESIS 153

BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS 157

SIGLAS Y ABREVIATURAS 165

LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL PENSAMIENTO Y EN LA VIDA DE JOHN HENRY NEWMAN 167

Capítulo I. Ordinarias dispensaciones de la divina providencia en la vida de Newman hasta el año 1833 167

1. Infancia y adolescencia 167
2. Reveses familiares 170
3. «Mi enfermedad en Sicilia» 174

Capítulo II. Los años en torno a su conversión 178

1. Del verano de 1839 a octubre de 1845 178
2. Desde octubre de 1845 a 1850 181

Capítulo III. Diversas tareas entre pruebas y fracasos (1851-1864) 186

1. El proceso Achilli 187
2. Rector de la Universidad Católica de Irlanda y crisis en el Oratorio 191
3. Un encargo del Cardenal Wiseman y una indicación del Obispo Ullathorne 194
4. Cinco años en la oscuridad (1859-1864) 197

Capítulo IV. La acción de la mano de Dios desde 1869 202

1. El Concilio Vaticano I 203
2. Nombramiento como Cardenal 209
3. Últimos años 211

Conclusiones 214

NOTAS 219

ÍNDICE DEL EXCERPTUM 223